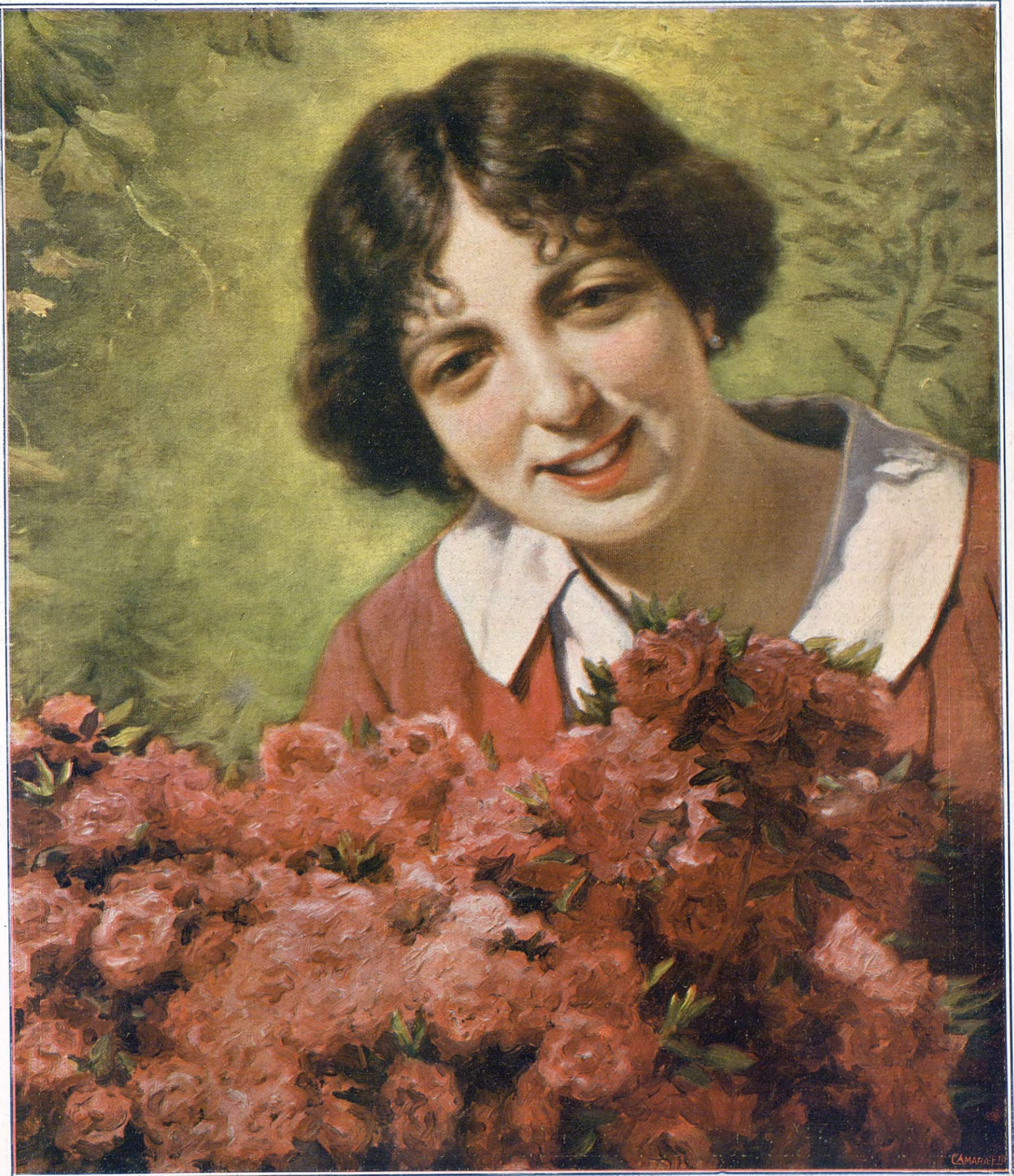


La Esfera

15 Enero 1916

Año III.—Núm. 107

ILUSTRACION MUNDIAL



ENTRE FLORES, cuadro de Galofre Oller

DE LA VIDA QUE PASA SE PUEDE COMER CON UNA LEY

La vieja anécdota de la reina María Antonieta, arbitrista inconsciente que solucionaba con bizcochos el hambre que el pueblo tenía de pan, vendría muy á cuento para los días actuales y los más peligrosos que se sucederán si cuantos produjeron el conflicto actual de Europa no hubiesen sabido que una de las inmediatas consecuencias de la conflagración era el encarecimiento y falta de las subsistencias y la posible hambre del pueblo.

Así, del mismo modo que en los primeros momentos cada nación combatiente buscó hombres y armas, buscó también trigo y ganado y legumbres.

Las que se vieron cercadas llegaron á la incautación de cuantos víveres poseían y á la reglamentación de su consumo; las que contaron con playas libres, como Italia, constituyeron un verdadero granero nacional. El hambre ha sido uno de los factores que más han influido en esta guerra. Los estados mayores han contado con ella como han contado con la organización de sus ejércitos. El error de Inglaterra ha estado en que creyó que entre sus poderosos aliados estaba el hambre alemana. Y el hambre alemana no ha surgido porque una ley sabía prohibió que el pueblo alemán se quedase un día sin tener qué comer.

Claro es que no era una ley romántica ni candorosa, á la española, como aquel artículo de la Constitución de Cádiz, que mandaba que todos los españoles fuesen justos y benéficos, sino una ley á la alemana, de previsión, de organización, de responsabilidades. La ley se ha cumplido y el pueblo alemán no ha padecido hambre. Ha llegado esa previsión á impedir no sólo que faltaran los víveres precisos, sino que éstos encarecieran injustamente.

Así, nosotros, españoles, que creemos que no estamos en guerra, vemos con asombro cómo teniendo todas nuestras fronteras abiertas y libre enteramente el mar que nos rodea y cómo habiéndonos donado este pasado estío la Providencia con la mayor cosecha de trigo que recuerdan las gentes, se nos amenaza con el encarecimiento del pan, y cómo dejando de exportarse quinientos mil hectólitros de vino, aun habiendo sido escasa la vendimia, se aumente el precio del alcohol. Se nos dice que las dificultades de aprovisionamiento de carbón y la subida del precio de los fletes producen esta conmoción económica, y entonces recordamos que un informe del sabio ingeniero D. Luis Adaro probó recientemente que hay, sólo en las minas de Asturias, filones para satisfacer durante 700 años el consumo español.

¿Por qué, pues, encarecese la vida en España? Más precisamente dicho: ¿Cómo los Gobiernos españoles no encuentran arbitrios para contrarrestar la serie de sucesos económicos que la guerra va creando? El hecho es muy complejo y vale la pena de unos comentarios.

El primer error del Estado español, que perdura ya diecisiete meses y lleva camino de no corregirse, es el de creer y asegurar á la nación que España no está en guerra. No hay, en todo el mundo, un palmo de terreno que esté en paz.

No asistiremos los españoles, combatiendo, á la guerra, pero sufriendola, padeciéndola, á merced de ella toda nuestra vida nacional, ¿quién puede dudarla? Pues esta nación que está en guerra no ha tenido una sola medida de gobierno, para la guerra. Pudimos aprovecharla para enriquecernos y engrandecernos, como han hecho los Estados Unidos y la Argentina y, en condiciones de intermediarios, Suecia y Holanda, y aparte unas cuantas iniciativas individuales, algunas de ellas fracasadas, España ha permanecido cruzada de brazos, sin acudir al inmenso mer-

y los Estados Unidos trasladaban sus paneras á Inglaterra y Francia. Frente á estas realidades, las doctrinas sistematizadas en los libros no tienen valor ninguno. En plena normalidad puede sostenerse la teoría de que el Estado no debe ser comerciante ni intermediario ni proveedor; cuando el cañón zumba como viene zumbando año y medio, cuando se destruyen nacionalidades y desaparece de los mares la mitad de los elementos de tráfico, cuando quedan aislados de la convivencia mundial territorios productores de tan enorme extensión como

Rusia, el Estado debe serlo todo, hasta ama de cría de los niños desamparados, hasta incubadora de las nuevas generaciones que han de reparar todo el daño de la guerra. La ley de subsistencias no fué un proyecto de gobierno; nace en una campaña de prensa; fueron unos artículos míos —el Sr. Bugallal y el Director de Aduanas lo han reconocido varias veces— los que la engendran.

Creo recordar que no le pareció mal más que á dos altas autoridades en Economía: al Sr. Echeagaray y al actual ministro de Hacienda.

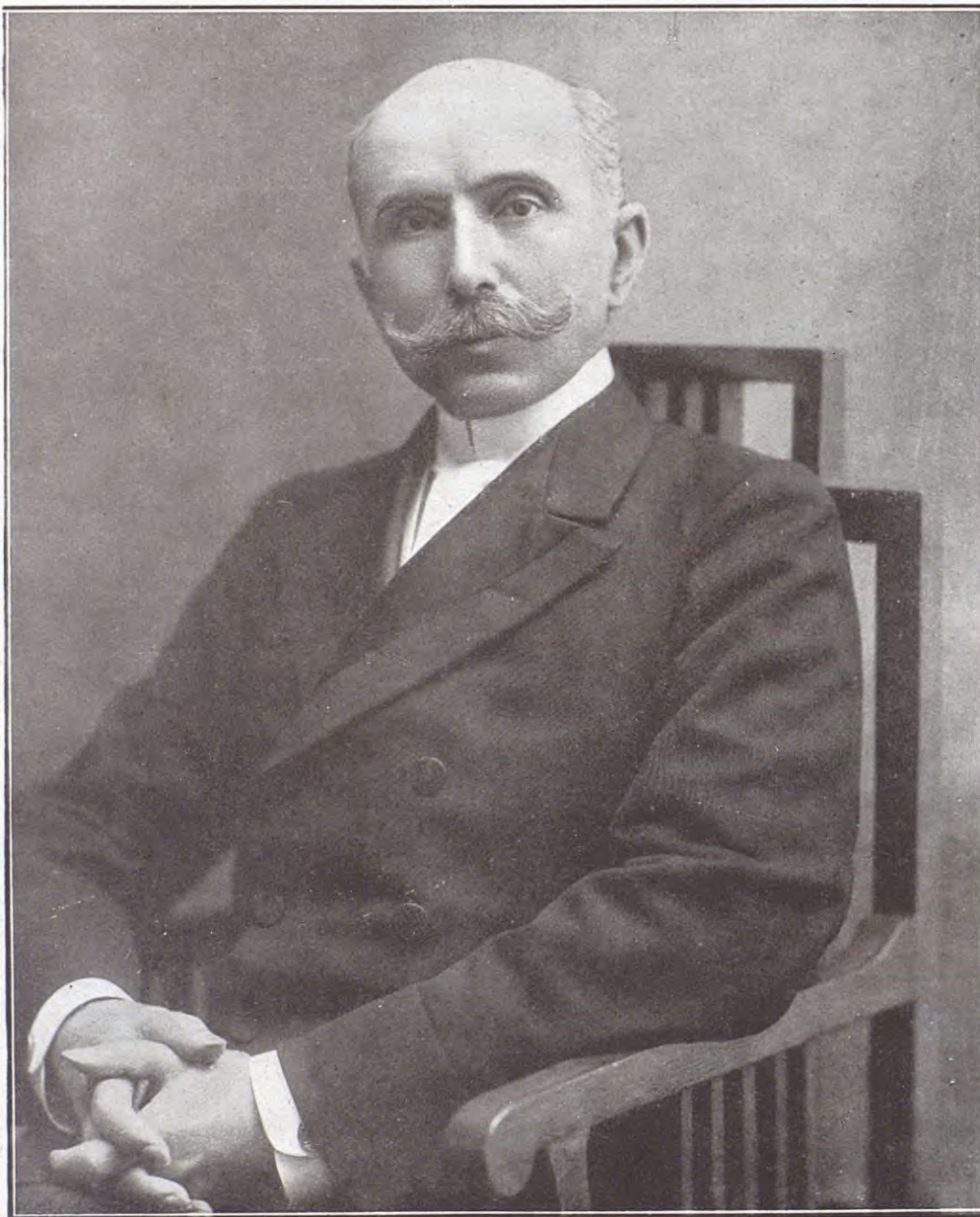
Y, sin embargo, hay un hecho que prueba su error: todo el trigo que el Gobierno compró y trajo por su cuenta desde los Estados Unidos ha sido consumido por el mercado nacional, y fué su avalancha, inesperada para los acaparadores, la que impidió el encarecimiento que ya comenzaba.

Ahora, para este año, el Sr. Urzáiz cree inútil esta ley, aunque también quiere intervenir en los abastecimientos de distinto modo. Y es posible que tenga razón, en primer lugar, porque la última cosecha fué mucho mayor que la anterior, y en segundo porque se está produciendo en el mundo el raro fenómeno de que la vida se está acomodando á las anomalías de la guerra.

Pero el problema de las subsistencias, y, en general, del precio de la vida en relación con la cuantía y precio del trabajo, queda limitado á la abundancia de trigo y á la licitud de exportar

los géneros que la nación necesita consumir? No. El Sr. Urzáiz tendrá que rectificar sus opiniones de inhibicionismo ó individualismo. La guerra crea un derecho ocasional, limita la libertad del ciudadano y aminora su fuero sobre las propiedades que ha adquirido. Esos naveros que han vendido sus buques á las naciones en guerra han ejercido, sin duda un legítimo derecho que es punible, que debiera castigarse. Así también, al grito de los obreros pidiendo trabajo que ahora repercute en las calles madrileñas, seguirá el vocerío de los muchedumbres que pidan pan si la guerra llega al próximo invierno. Parece esto absurdo; pero alrededor de ese absurdo ha venido girando la gobernación de España desde que comenzó la guerra. No se ha tenido una sola previsión, porque nuestros sabios gobernantes confiaban en que la contienda iba á terminar en seguida... Sin duda la Providencia, como en el cuento gitano, está siempre al quite en los asuntos de España, porque si ésto no es vivir entregados al azar que venga el Sr. Urzáiz y nos lo diga...

DIONISIO PÉREZ



D. ANGEL URZÁIZ
Ministro de Hacienda

FOT. BIEDMA

cado donde se fundían y dilapidaban ríos de oro.

Por no variar, no ha variado el Estado español ni la arquitectura de sus presupuestos. El primer efecto de la guerra en España fué el de trastocar brutalmente casi todas las cifras normales de los ingresos del Erario. Del primer envite, en los seis meses del año 1914, la guerra produjo á la Hacienda española una pérdida de cuatrocientos millones. Pues la Hacienda, intangible, solemne, hierática, creyó que no debía inmutarle esta realidad económica y mantuvo ante las Cortes para 1915 los presupuestos que había calculado en Febrero del año anterior, cuando nadie podía predecir la honda perturbación que iba á padecer el mundo.

Fué entonces cuando surgió la necesidad de una ley de subsistencias. Sin ella el pueblo español hubiese conocido el hambre aquel invierno, por la sencilla razón de que no había en España trigo bastante para el consumo del año. La cosecha nacional había sido escasa; se habían cerrado los mares por donde solía venir á Barcelona el trigo de Rusia y de Rumanía; la Argentina estaba vendiendo su cosecha á Italia

TIPOS ESPAÑOLES

EL SANTERO

SOBRE las barbecheras del altozano, la ermita enjalbegada parece la sonrisa del paisaje. La vieja capillina del Abad Antón se remoja y acicala para recibir á sus romeros, como una virgen zagalica renueva sus tocas esperando al novio pastor. Y, como sonríe el sol del invierno cariñosamente, bajo su halago ríen los blancos muros y hasta el sendero pedregoso quiere reir y torna sus guijarros ce udos en cristalinos diamantes donde el rayo solar descompone su luz y salta el iris.

Es fiesta de guardar y en el ambiente campesino reina un silencio solemne. La yunta del ga n reposita en la cuadra, yace el arado en el porche de la quinte a y rumian las ovejas en los cercados. La tierra goza de paz, y el campo está solo y callado. En estas horas de quietud, place al espíritu solazarse en el reposo de la ermita abandonada.

Un cercadillo enano circunda el recinto de San Antón y guarda un huerto, donde otras veces descansó largas horas en la compa a del santero y   la sombra de un olivo joven. Y all  he renovado en este día de calma los recuerdos de nuestros coloquios. El santero murió poco ha. Bien se advierte en el huerto de la ermita, que, bajo el cuidado del bienaventurado, lucía como un parque. Por los rincones, perdura desde el otoño el l gamo de las hojas caídas. Brota la hierba montaraz en los paseillos y desfallecen en cambio, las plantas de los tablares por falta de salud y de riego. Hoga o los rosales no mostrarán al sol la opulencia de sus capullos, ni la hiedra mecer  sus tallos, ni los lirios alzarán sus copas de zafiro. En la ruina del huerto se salvaron por gracia de su condición silvestre, los tomillos y los cantuesos, que al soplo de la brisa trascienden aromas. Antoñico el santero tenía sus amores en la ermita. Muy joven fuese al claustro, según la inclinación de su alma. Muy joven salió de él, sin que hubiera torcido su vocación. Cog eronle sin votos los días de la Gloriosa y maldiciendo la mudanza de los tiempos, amén de disparar sus buenas *peladillas* sobre la herda revolucionaria—según su decir—dej se expulsar del convento y march    ver al Papa, que no pudo favorecerle con otros bienes que buena copia de lamentaciones. Y luego de peregrinar por Tierra Santa, sent  sus reales en la ermita del Santo Abad, que se alza en la planicie manchega, no lejos del camino de Montiel.



“Con el santo y la limosna”, cuadro de Rodríguez Acosta

Yo conocí al santero cuando ya hubo traspuesto la cumbre de los doce lustros. Todavía se le llamaba Antoñico, el hermano Antoñico. Y Antoñico se llamó hasta la muerte. Era alto y cence o, rapado de barbas y de intenciones, bonachón en su pensamiento como en sus actos, aunque sagaz y ladino para el logro de una buena limosna. No vestía sayales sino ropillas de paisano sobre la pulida camisola, mal avenida con el capote que colgaba en sus hombros, muy abundante en juarda. Así, para recibir al viandante, dejaba el capot n en el poyo del hogar, con lo que aparec ase pulcro y limpio, como correspondía   su natural ceremonioso y cortesano.

Antoñico vivía de la caridad. A la mañana descendía al cercano lugar y oficiaba de monacillo en la primera misa de la parroquia. All , con sus maneras devotas, suscitaba la piedad de las filomenas y recogía sus primeros socorros. Desayun base en la bu olera de la plaza con su

buena rosca de tallo, rociada por un trago de lo fuerte. Tomaba el primer sol de la alborada paseando por la glorieta y repartía   los chavales medallas y escapularios. Algo más tarde lleg base   las puertas de los labriegos farfullando latines, y no faltaba moza casadera que pagara con hidalgu sima largueza la donación de algún rosario engarzado por el santero con el más fino alambre y huesos de aceitunas del huerto de Getsemaní. Cuentan que Antoñico tr jose buen repuesto de su peregrinación   Palestina; pero aseguran otros mal pensados que aquel gentil olivo, que él criaba en la ermita, no era ajeno al comercio de rosarios.

A medio día, el hermano Antoñico tornaba   la capilla del altozano y era su quehacer preferente dar gracias   su patrón por la copiosa colecta del humilde siervo.

En ausencia del santero, no era extraño que los chicuelos distrajeran su ocio pisoteando aquellos macizos del jardín, cortando varas del manzano y del olivo y menospreciando con su mala crianza los tapiales del huerto.

Antoñico goz base en reparar los daños de la granujer a celebrando sus gracias infantiles y alabando al Señor que tantas distracciones le deparaba...

Y allí su vida sencillota transcurría sin duelos.

No pocas veces, el santero salía al paso de los mendigos para recomendarles paciencia en los trabajos mundanales, otorgándoles graciosamente la profecía de celestiales compensaciones.

No pocos ratos, volcaba las migas de su yantar   la orilla de un vecino navajo, y llen balo de agua en el est o si los besos del sol lo secaban. Y platicando con las avejillas que parlotaban sus mejores trinos acudiendo al convite, el santero aguardaba la hora santa del crepúsculo para recogerse.

 Y las gentes de perversa cala a le tenían por vago! Murió el santero... Los rosales no han de florecer al conjuro de la primavera, los lirios mueren en la paz del huerto y las aceitunas de Getsemaní caen   tierra, vareadas por manos pecadoras. Pasan los mendigos por el sendero tronando maldiciones. Y como no hay una mano piadosa que corte el hielo del navajo, acuden las palomas y las pajarillas, miran alrededor y vuelan sedientas hacia el río, piando una elegía...

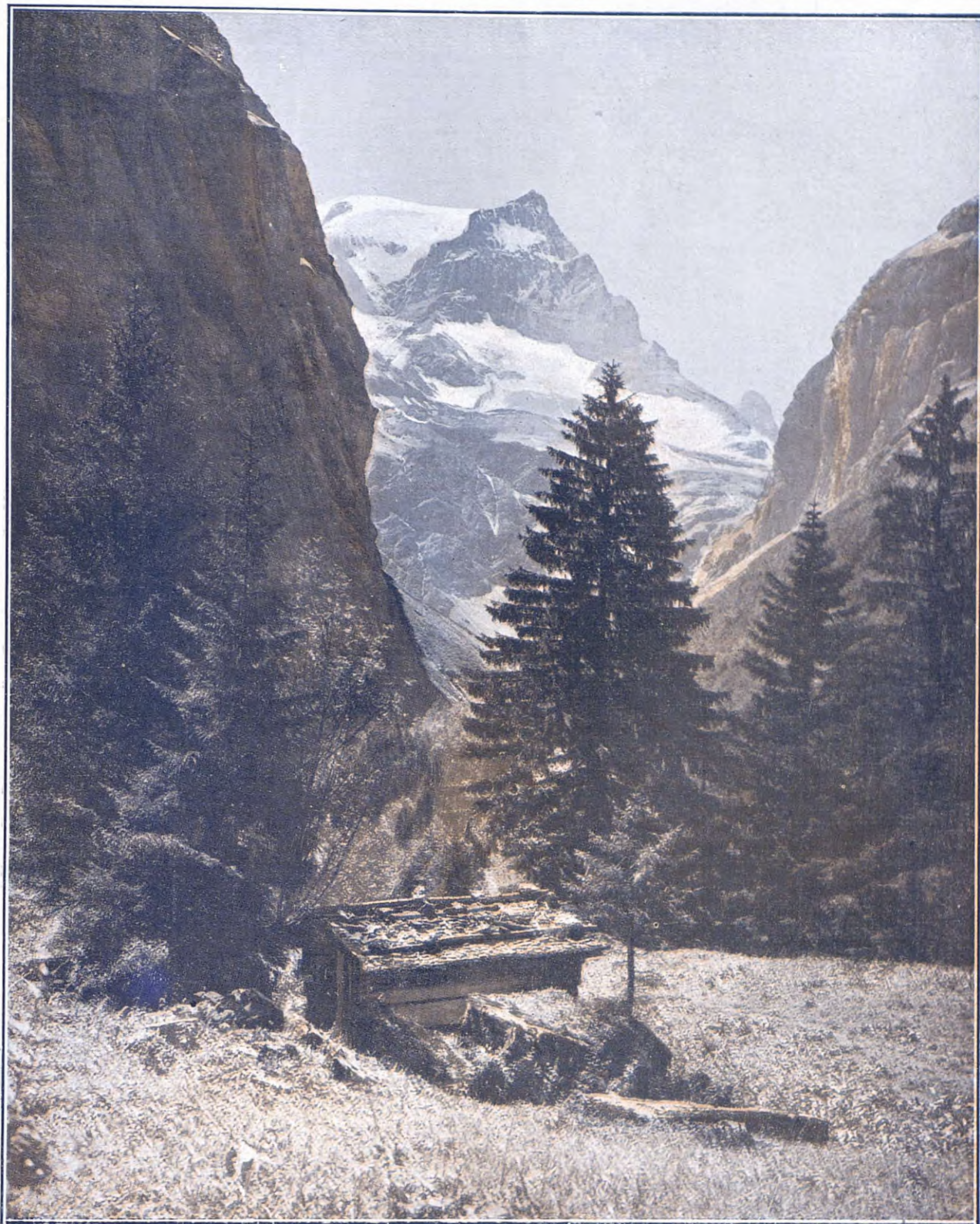
LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LA CASCADA, cuadro de José Llaneces

LA MAÑANA EN LA SIERRA



¡Qué bonita está la Sierra
bajo el Sol de la mañana,
con sus cumbres coronadas por la nieve,
con sus riscos relucientes por la escarcha!

Yo he escalado las alturas de los montes
caballero en una jaca,
aspirando los efluvios mañaneros
que jarales y tomillos derramaban.

Yo he bebido en los regatos cristalinos
de las húmedas cañadas
donde encuentran los rebaños su reposo,
donde tienen sus espejos las zagalas.

Yo he corrido tras las hábiles vulpejas
por las lóbregas barrancas,
donde ocultan sus nidales los lobeznos,
donde esconden su rencor las alimañas.

Yo he subido hasta las cúspides bravías
donde el Sol y la alba nieve se besaban,
donde fingen áureas músicas los céfiros
que idealizan los idilios de las águilas.

En la paz de los barbechos amarillos

de la mística llanura castellana
se sentían cantinelas pastoriles
que elevábanse hasta el cielo cual plegarias.

De la torre de la próxima abadía
vino el lento repicar de una campana,
y á su ruido se espantaron las palomas
que en los blancos palomares se arrullaban,
y veloces remontáronse aturdidas,
al volar batiendo palmas.

¡Qué bonita está la sierra
bajo el Sol de la mañana,
qué paisajes los que muestra,
qué secretos los que calla!

En las cimas gigantescas de las cumbres
seríí locas sensaciones ignoradas
viendo un cielo tan azul sobre mi frente,
viendo un campo tan feraz bajo mis plantas.

Y en mi pecho de centauro redivivo
sentí todas las potencias agolpadas,
y por mi alma galoparon las pasiones
como potros desbocados por las Pamias

Y soñé con el amor de una bravía
recia moza castellana,
que tuviese el sano olor de los cantuesos
y tuviese el mirar vivo de las águilas.

Una moza que inspirase mis caritigas
más alegre que las gráciles serranas
que escucharon en Navalagamella
los decires del Marqués de Santillana.

En la sierra el corazón se torna recio
como encina de corteza centenaria.
En las cumbres nos invade ese optimismo
que es como un caudal de amor que se derrama
con reír de regatuelos
y con música de esquilas en el alma.

¡Qué bonita está la sierra
bajo el Sol de la mañana,
con sus cumbres coronadas por la nieve,
con sus riscos relucientes por la escarcha!

MIGUEL DE CASTRO

SELLOS HISPANOS



SEVILLA

Al verte, un sentimiento nostálgico me agobia
ante el sol que te enciende, que al de mi patria igualo.
¡Sevilla, al esperarte eres como un regalo!
¡Sevilla, al recordarte eres como una novia!

La elocuencia del pueblo, la voz de la patina,
la historia tallada en piedra sorprende en tí el viajero;
pero tu encanto efunde en lo impalpable, pero
tu hechizo vuela sobre la cúpula y la ruina.



Tu Giralda, y tu Alcázar, y tu Torre del Oro,
y tu Puente de Triana. ¡Toda eres un tesoro!
Pero es la gloria tuya tu evocador ambiente,

ambiente de leyendas y de azahares, hecho
para cruzar tu río con un sueño en la mente,
una trova en el latido y un amor en el pecho.

FOT. CASTELLÁ

Manuel S. PICHARDO

AUTORES CÉLEBRES: VITAL AZA

ENTRE los más ilustres mantenedores del teatro cómico durante el último tercio del siglo XIX y primeros años del XX, cuéntase Vital Aza, tan fácil, castizo y elegante poeta humorístico, como prosista severamente correcto y de encantadora amenidad.

Así como no pocos de nuestros autores dramáticos han triunfado más por su habilidad como *hombres de teatro* que por sus aptitudes como literatos, propiamente dichos, Vital Aza ha sido de los más *equilibrados*, uniendo en sus comedias á la destreza y habilidad en idear el plan y trazar el argumento, la belleza y la amenidad de la forma literaria.

Si se escribiera el manual del perfecto autor dramático, podrían ponerse como modelos los diálogos de las comedias de Vital Aza, lo mismo en prosa que en verso. Tanto sobresale en esta difícil labor, que en muchas de sus obras el asunto es lo de menos, y lo principal, lo importante, lo que encanta y regocija y deleita al auditorio, produciendo el éxito brillante y excepcional, es el ropaje, la forma, el diálogo, siempre natural, correcto, ligero y chispeante.

Recuerdo á este propósito que una noche, representándose *San Sebastián mártir* en el teatro de la Comedia, ví á Ricardo Zamacois en una butaca de una de las últimas filas; me senté á su vera, y el afamado actor me dijo:

—Aquí estoy pasando el rato y esperando que pase algo en el escenario.

Cuando esto me decía iba más de mediada la representación del segundo acto... y aún duraba la exposición del asunto y la pintura de los caracteres. Zamacois añadió:

—No pasa nada, y, sin embargo, ¡qué bonita, qué graciosa y qué interesante resulta la comedia!... Pocos poseen, como Vital Aza, el secreto de entretener y divertir al público, con la forma y con el ingenio, *montando* una comedia, casi sin asunto, en la punta de un alfiler...

En efecto, *San Sebastián mártir* es una de las obras más bonitas, graciosas é interesantes de este eminente autor. En la época de su estreno se hizo muchas noches, dió bastante dinero y en seguida se metió en el repertorio. Sería injusto no consignar que el actor Ramón Rossell, con su claro talento y su gracia inagotable, contribuyó no poco á tan satisfactorio resultado.

No obstante el mérito indiscutible de esta obra, para mi gusto, *El sombrero de copa* es la mejor y más importante comedia de Vital Aza. En *San Sebastián mártir* y en otras muchas producciones de este autor, el asunto es lo de menos, como queda dicho, y lo principal el ropaje literario. En *El sombrero de copa*, por el contrario, el mérito esencial, el valor positivo, está en el asunto, en el plan, en el argumento, en la marcha y desarrollo de la acción, tan interesante como ingeniosa, siendo de alabar al propio tiempo, como en todas sus obras, la belleza y la gracia del diálogo. *El sombrero de copa* pertenece al género de las llamadas comedias de enredo. Para contar detalladamente su argumento, se necesitaría un espacio que no consiente la índole de estas semblanzas.

Esta comedia está traducida al alemán, al italiano y al portugués. El arreglo italiano, hecho por Novelli, se estrenó en el mismo teatro de la Comedia, por la compañía de dicho eminente actor en la primavera de 1888. El original en castellano se había estrenado el 17 de Diciembre de 1887. Dicho sea con la natural satisfacción—por más que las comparaciones sean odiosas—, nuestros actores quedaron por encima de los italianos en la interpretación de *El sombrero de copa*.

Mientras tanto, decían algunos de nuestros críticos que los actores españoles debían aprender á hacer comedias de los actores italianos... Huelgan los comentarios.

Aunque, en justicia, los que deben holgar son los críticos aludidos.

ooo

Nació Vital Aza en Pola de Lena (provincia de Oviedo), el 28 de Abril de 1851, de una familia acomodada. Muy joven, cuando aún no contaba



D. VITAL AZA
Ilustre autor cómico

FOT. COMPAÑY

veinte años, sus padres lo enviaron á Madrid á estudiar Medicina. No tenía ninguna afición á dicha carrera, no obstante lo cual la estudió, sino con entusiasmo con decoro, sin ser suspendido en ninguno de sus exámenes, hasta obtener el título de médico, que jamás utilizó.

Las aficiones del joven Vital iban por otro lado y pronto las exteriorizó. En 1874, cuando apenas contaba veintitrés años y estudiaba la carrera de médico (que nunca ejerció), estrenó su primera obra escénica en Variedades (un teatro que hubo en la calle de la Magdalena) con éxito satisfactorio: era una pieza en un acto y se tituló *Basta de matemáticas*. Aquel éxito le alentó y le afirmó en la idea de no ser más que autor dramático.

Después estrenó en el mismo teatro otras piezas, siempre con éxito feliz, entre ellas *Aprobados y suspensos*, pasillo cómico de mucha gracia y, sobre todo, de una naturalidad y de una verdad asombrosas, lo cual no es extraño, porque pintaba lo que había visto, teniendo la suerte de encontrar y copiar fielmente el lado risible, que tienen hasta las cosas más serias. Este pasillo y el sainete titulado *Horas de consulta*, tuvieron gran resonancia y afirmaron sólidamente su reputación de comediógrafo festivo de verdadera importancia.

Poco después de haber estrenado sus primeras producciones en Variedades, se inauguró la Comedia y para este teatro escribió algunas obras que gustaron mucho. De las estrenadas en aquella época, merecen citarse *Calvo y Compañía*, *Lloyd del cielo* y *Con la música á otra parte*, en dos actos, y *La ocasión la pintan calva*, *Noticia fresca* y *De tiros largos*, en uno.

Con su amigo y compañero Miguel Ramos Carrión, colaboró mucho. Ambos ilustres autores se completaban á maravilla. A la suprema habilidad, á la insuperable maestría de Ramos para idear un plan firme y trazar un argumento de verdadera consistencia, se unían la espontaneidad, la gracia y la frescura de Vital Aza, á quien han igualado pocos en lo correcto, ligero y chispeante del diálogo. La prueba de lo admirablemente que se completaban, está en el hecho, varias veces demostrado, de ser más notables y más perfectas las obras que escribían en colaboración que las que producían separada é indi-

vidualmente: sobre todo, aquellas *daban más dinero*.

Para donde más obras escribieron en colaboración Vital Aza y Ramos Carrión, fué para Lara. Allí estrenaron *Robo en des-poblado*, *La almoneda del tercero*, *El padrón municipal*, *El señor gobernador*, *El oso muerto*, *Zaragüeta*, y no recuerdo si algunas más, todas ellas en dos actos. Las que más gustaron y más provecho dieron á la empresa, fueron *El padrón municipal*, *El señor gobernador* y *Zaragüeta*, esta última especialmente. También escribieron juntos comedias y zarzuelas para otros teatros, debiendo citarse, con encomio, entre las últimas, *El rey que rabió*, *Los lobos marinos* y *La calandria*.

También colaboró Vital Aza, aunque no tan asiduamente como con Ramos, con José Estremera, José Campo-Arana, Eusebio Blasco y Miguel Echegaray. No obstante estas colaboraciones, él solo realizó por su parte una labor considerable, no solamente por la cantidad, sino también por la calidad. Además de tres comedias en tres actos, *San Sebastián mártir*, *El sombrero de copa* y *El señor cura*, escribió seis en dos actos, y veintisiete en uno. En total, solo y en colaboración, ha escrito más de sesenta obras. Entre las que compuso sin ayuda de vecino, hay no pocas que son verdaderas joyas del teatro contemporáneo, de las cuales merecen citarse *La rebotica*, *Perecito*, *Llvido del cielo* y *La praviána*.

Escribía sus comedias, indistintamente en verso ó en prosa, según el asunto, y es de justicia consignar que en una ú otra forma resultaban agradabilísimas y siempre espontáneas y graciosas, siendo de admirar su facilidad pasmosa y su corrección extremada.

Además de su copiosa labor escénica, Vital Aza publicó cuatro tomos de bellas poesías humorísticas, que se titulan, respectivamente, *Todo en broma*, *Bagatelas*, *Ni fu ni fá* y *Pamplinas*, y uno en prosa titulado *Plutarquillo*. En la buena época de *Madrid Cómico*, colaboró asiduamente en dicho semanario.

ooo

Era Vital Aza lo que se llama un niño grande, más aplicable á él que á otros ese dicho vulgar, no solo por la nobleza de su alma y la ingenuidad de su carácter, sino también por su elevada estatura: era un gigante, y, tan grande como su cuerpo, era su corazón. Modesto, sencillo, formal y pundonoroso hasta la exageración, benévolo con las debilidades ajenas y encontrando disculpa ó atenuación á toda falta, y dotado de peregrino ingenio en la conversación particular, su trato resultaba encantador. No creo que tuviera enemigos... á no ser los que *proporciona* el éxito brillante y continuado, que son los fracasados, los envidiosos y los impotentes.

Era Vital Aza sumamente aprensivo. Como era médico, se tomaba el pulso frecuentemente, veía complicaciones en la más leve dolencia, y al sentir la menor molestia física se creía enfermo de gravedad. Llevaba siempre los bolsillos atestados de pastillas de todas clases y buen número de específicos, que ofrecía de buen grado al que en su presencia se quejaba de algo...

Al extrañar alguien que colaborase con otros escritores pudiendo escribir solo, explicaba con varias razones las ventajas de la colaboración. En primer lugar (decía), se comparte la responsabilidad, y, si sale mal y fracasa una obra, hay á quien echarle la culpa, y eso siempre es un consuelo.

Además, como en los estrenos hay con quien compartir el miedo, se toca á menos y no se sufre tanto...

Murió Vital Aza en Madrid el 13 de Diciembre de 1912, á la edad de sesenta y un años. No estando conforme (como el que esto escribe) con las nuevas orientaciones del teatro, había dejado de escribir hacía algunos años.

Realmente la vida del autor dramático, en su plenitud, es muy corta, y, producir en la decadencia, es contraproducente.

FRANCISCO FLORES GARCIA



CUANDO empezaba á anoecer, mamá Dolores, arrastraba su sillón de cuero junto á las vidrieras del balcón, guardaba sus grandes gafas con armazón de oro, en el estuche de madera y tras cruzar beatíficamente sus manos gruesas y carnosas sobre el augusto vientre, dábase á rezar, bisbiseando, una interminable serie de oraciones. Y casi todas las tardes, cuando mamá Dolores, encaminaba mentalmente sus preces «por los que están en pecado mortal», sonaban rotundos tres golpes de timbre en la cancela y á poco entraba en la estancia, muy recogida, humilde y silenciosa, Doña Juanita la maestra.

La luz del crepúsculo, encendía bellamente los cristales, melaba la torre de la iglesia vecina y dentro de la habitación, recargada de cuadros insignificantes, de plata repujada, de muebles cómodos, llenaba el espejo de una luz fría en la que la imagen de Doña Juanita era como una sombra muy antigua, muy confusa, que se iba desvaneciendo...

Daba las buenas tardes con un murmullo casi imperceptible y luego de mirar en torno suyo, sentábase sin pronunciar palabra, esperando entre dulces suspiros á que la señora diese fin á su piadosa tarea. Espera larga, ciertamente, porque mamá Dolores, no dejaba pecador ni príncipe cristiano sin el amparo de un padre nuestro.

Cuando el rezo concluía empezaban los saludos y tras los suspiros que servían para romperle el momento, daba Doña Juanita comienzo á la inacabable relación de sus desventuras. Como unos veinticuatro abriles contaría la maestra y era linda y pálida; en los ojos negros había una honda resignación, una humildad de can maltratado que les daban un gran interés y en los labios exangües una sonrisa dulce y triste. Se tocaba con una mantilla verdinegra y gastada y á lo largo del vestido, lustroso ya por tantos años de limpieza, asomaba sus hilachas implacables la señora Misericordia. Era viuda y mantenía á su madre y á una niña dulce y pálida como ella.

—¡Quince duros, Doña Dolores, y aún no pude cobrarlos!

Mi madre gruñe y llora sin hacerse cargo de las cosas... Mi hija calla, pero cada día está más pálida, más consumida...

Y la pobre Doña Juanita, pugnaba por contener el llanto que al fin desbordaba en gruesos lagrimones sobre la cera de sus mejillas. A la señora se le hinchaba el pecho con un suspiro tremendo, y tras un «vaya por Dios, Señor»; socorría llena de un divino amor de caridad, á la atribulada maestra con lucientes monedas de plata que ella acogía, llena de vergüenza, entre sus manos martirizadas por la aguja.

Y así casi todos los primeros y últimos de mes.

ooo

Mamá Dolores—todos la llamaban así—á más de sus achaques y su caudal, tenía un hijo como de unos veinte años que era el encargado de perturbar la paz de su espíritu. Se llamaba Antón y era mozo galán muy metido en amoríos y picar-

días. Frecuentemente, dábase el caso de que el tal mozo encontrase á la maestra y su madre en quejumbrosa charla y entonces, enemigo de lamentaciones, sacaba sus marrullerías y encauzaba la plática por las veredas de lo pintoresco logrando á veces distraer y hasta hacer reír á las atribuladas señoras. Y sucedió, que á fuerza de dirigirse á la maestra al relatar un lance de picardía, fué dándose cuenta de que eran bellos los ojos de Doña Juanita y de que los labios exangües estaban más que pidiendo un dulce calor de besos.

Y sucedió más. Sucedió que un día, tras mucho pensar y medir el peligro, decidióse á hablar á la afligida maestra con ánimo de poner remedio definitivo á todas sus cuitas. Y ya puesto en vías de pecado puso en práctica sus atrevidos propósitos no sin antes sentir un vago temor, una comezón que no le dejaba reposar.

Roja de indignación y de vergüenza interrumpió

fil y bien valía los suspiros que le costaba. Una vez convencida del dulce mal que padecía, se alarmó tanto, que lloró y rezó desesperadamente en aquel cuartito obscuro que era su santuario. Luchaba entre su amor y su honestidad, entre el dolor de la miseria presente y el bienestar futuro, entre el recuerdo de su hija y el de sus años mozos llenos del tedio infinito de su viudez. Era una batalla interior que la consumía, que la dejaba más pálida, más demacrada, más llena de una sorda desesperación irremediable.

Y parejas á estas inquietudes, corrían las otras, las de la vida cotidiana, las de aquellos cosas duros que el Ayuntamiento no pagaba nunca.

—¿Qué hacer, Señor, qué hacer?

Como no había otra solución, Doña Juanita tomó su mantilla y luego de prenderse con gran cuidado ante el espejo, tomó el camino de la casa de mamá Dolores.

Si al menos no estuviera él —pensaba.

ooo

Cuando mamá Dolores rezaba por los caminantes extraviados, hizo su entrada la maestra. Contó sus desventuras entre sollozos y suspiros y la señora, luego de alabar á Dios que así prueba á sus elegidos, buscó en su faltriquera el consuelo á tanta desgracia.

Antón, tras la puerta, oyó, conmovido hondamente, el relato de aquella vida macerada por todos los dolores, por todas las angustias y sintió el remordimiento de aquella declaración que fué como un insulto, como una nueva humillación que la cuidada Doña Juanita

hubo de soportar. Y arrepentido de su maldad, quiso expiar su culpa. Hablaría de nuevo á la maestra.

Esperó en el portal.

Cuando la desventurada vió como en acecho á su galán se sintió tan estremecida, tan trémula, que tuvo que apoyarse para no caer. Esperaba la repetición de aquella escena tan recordada y tan maldita y el alma se le salía por los ojos en una llama de pasión. Antón la detuvo. Quiso hablar pero no pudo y entonces, lleno de azoramiento, alargó á la maestra un papel que ella estrujó nerviosamente entre sus manos.

Voló más que anduvo para llegar á su casa. Precipitadamente se escondió en su cuarto. Le temblaba el alma, le dolía el corazón...

—A ver, á ver...

Cayó abrumada, vencida, loca de indignación y de despecho y entonces sí que lloró desesperadamente con sollozos que la estremecían que la ahogaban!..

Lloró de rabia, de vergüenza, de desesperanza.

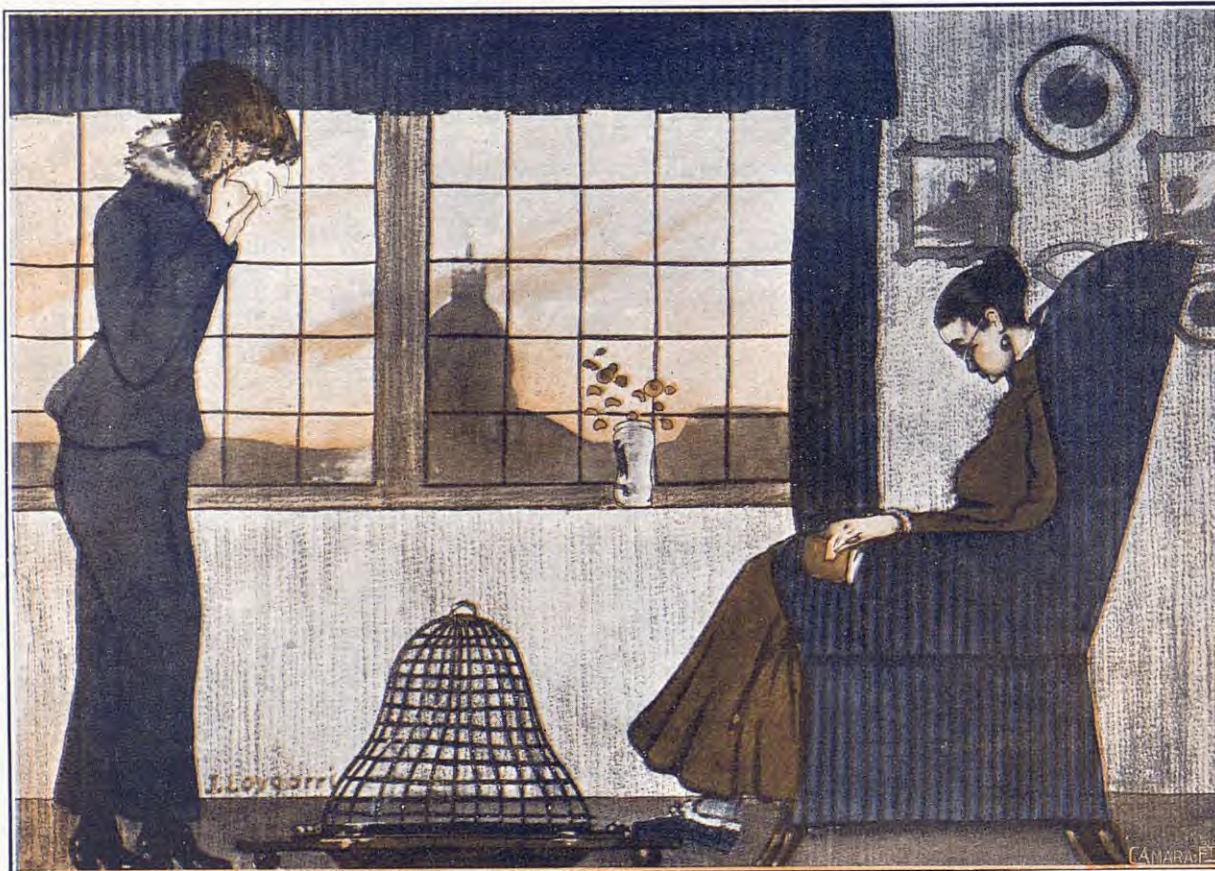
En el suelo, roto en pedazos minúsculos, había un papel azulado en uno de cuyos trozos se leía: «El Banco de España pagará...»

ooo

Doña Juanita murió algunos años después y yo sé que todas las almas buenas que sepan su historia rezarán por ella.

F. MARTÍNEZ-CORBALÁN

DIBUJO DE LOYGORRI





Caminando á ciegas...

ADÓNDE nos lleva el amor? Adonde lo llevamos. Niño y ciego, necesita Cupido la tutoría y un lazarillo...

Yo tengo una amiguita adorable, con su cabellera negra, y sus ojos dorados y sombríos, y la boca encarnada, blanca y riente. Agudo y breve el rostro como una almendra, y no agujereó sus lóbulos ningún joyero, y así añade á su belleza el encanto de esta particularidad. Menuda la figura, armoniosa, rítmica, equilibrada, grácil, estatuita de vitrina. Pero sobre todo la distingue su ligereza en las palabras, las miradas, los ademanes, bríncos y suspiros y risas y lágrimas. Veinte años. Elige sus sombrerillos, botinas, paraguas y bolso, con el cuidado con que un poeta busca las rimas de sus versos. Uno de sus mayores atractivos consiste en que la ardillesca damita no ignora su valor, y de ahí fluyen los caprichos de una petulancia enternecedora. Por ejemplo: no quiere retratarse, temerosa de aparecer momificada, y odia el teléfono, que enronquece su voz.

Seguramente pensáis, mis lectores estimados, que la damisela no pasa de ser un *bibelot*, el eterno muñeco precioso cuanto inútil. Todo lo contrario. Admiramos la paradoja en la cual vive la señorita *Chori-buru*. (*Chori-buru*, nombre con que sus camaradas designamos á la heroína de mi historia; significa en vascuence, *ca-beza de pájaro*.) La amable silueta parisiense, que debería llamarse con un diminutivo añiñado *Fili* ó *Lil*, reside en una levítica ciudad norteña, y arrastra un patronímico solemne como un vestido de cola. La delicada criatura á quien conservaríamos en el estuche de un abanico, hace

de madrecita de algunos, bastantes hermanillos pequeñuelos, rebeldes y destrozones. Divinamente atolondrada, y sin embargo escribe unas cartas calurosas y profundas, con letra firme. Y la apasionan los novelistas rusos, y la música del violonchelo. Y entre las alegrías, prefiere la melancólica de recostarse en las hierbas, bajo los árboles centenarios, y soñar oyendo el silbo de los mirlos. Finalmente, diríase que la cascabelera muchachita no puede inspirar sino amorfugaces, noviazgos comparables á una caja de dulces, á las pompas de jabón. ¡Ay, no! Aquel que haya escuchado una ternura de *Chori-buru*, ya quedó en un embrujamiento para siempre. Así jurarían fidelidad los nardos, las magnolias, el lucero de la tarde y las golondrinas. Creo que un beso suyo amordazaría la conciencia del galán más orgulloso...

Me preguntaba una vez la adorable amiga: «¿Adónde nos lleva el amor?» Respondí: «adonde lo llevamos».

La maravillosa morenica languidecía en un idilio provinciano, allá en la modorra de la capital nórdica, á lo largo de una serie de tardes de domingo. Era su cortejo, uno de esos buenos muchachos universitarios, ni tan privilegiados que tengan alas, ni tan desheredados que les cuelguen plomos en los pies. El mozo devora libros, asiste á una covachuela burocrática, descuida sus ropas, bosteza en los cafés; transcurre el tiempo, y no resuelve el problema de los dineros, y se va dilatando el matrimonio. La terrible situación del *noviazgo oficial* podría decirse que se extendió sobre la pareja como el musgo en las piedras inmóviles. En esto surge

el forastero con su leyenda romántica. Al paso de la morenica, se descubre el intruso anhelado y su chambergo había pertenecido á Cyrano. Ya adivináis los capítulos que siguen. Durante varios meses, y desde diversas tierras, y *estados de alma*, el personaje mosqueteril se comunica con la niña. Acaban enamorándose el uno del otro, con una tremenda fogosidad. Reclamaba ella en sus pliegos: «¡Habládmelo el idioma que me es familiar sin que lo haya oído nunca!» Por último, la señorita *Chori-buru* vino á Madrid, y yo la saludé una mañana en el Museo del Prado, una mañana que su galán quiso que la morenica aprendiese á llorar en las mujeres pintadas por Van der Veyden... ¿Recordáis el *Descendimiento*, con sus plañideras santas, sublimes?...

Entonces tornó á preguntarme la adorable amiga: «¿Adónde nos lleva el amor?» «Siempre, siempre nos lleva adonde lo llevamos».

Al cabo de unas semanas, la maravillosa morenica ha vuelto á juntarse con su cortejo provinciano. En adelante, el hogar á base de pantuflas y nómina, con unos pañales encima de la mesa de comer, con un calendario que ordena el regocijo y la tristeza, con la inevitable lámpara patriarcal. Yo no me explicaba la inesperada transformación, y á mi vez he interrogado á la adorable amiga: «¿Adónde nos lleva el amor?»

Contestó *Chori-buru*, ya cambiado en una burguesita que teme las desventuras de la bohemia más ó menos sentimental: «Adonde lo llevamos. Niño y ciego, necesita Cupido la tutoría y un lazarillo.»

REYES SIN TRONO LA POBRE SERVIA

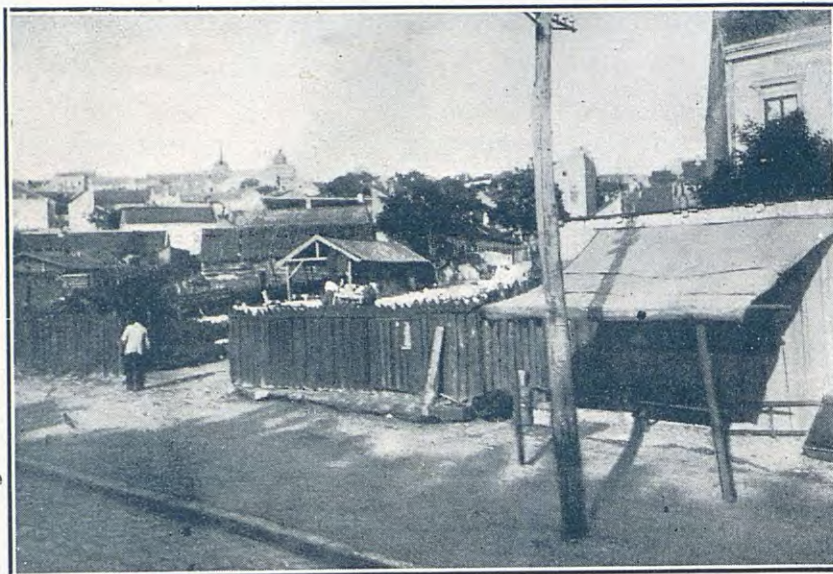
HACE poco más de un año, en Julio del catorce, el Príncipe Alejandro, heredero del trono de Servia, veraneaba en Vrnatchké-Banié, el Vichy eslavo, y recibía la visita de un famoso escritor ruso, Breschko-Breschkovsky novelista, aventurero, corresponsal de periódicos en las últimas guerras orientales y en la de Tripolitania. El Príncipe Alejandro saboreaba entonces la vanidad y la soberbia de las dos victorias militares que su pueblo había conseguido. Se condensaban en él todos los éxitos de aquella campaña, terminada con una enorme conquista de territorios que hacía cinco siglos estaban en poder de Turquía. Joven, casi un niño, había marchado al frente de las tropas, había asistido a los combates, había entrado de los primeros en las poblaciones asaltadas y el candoroso pueblo embriagado de gloria militar le había coronado con el laurel de unas palabras que perdurarían en la Historia: *Alejandro el Macedonio*...

Ante el escritor ruso, el Príncipe servio habló como el poderoso dueño de un trono imperial: «No tiene mérito ninguno que yo haya demostrado valor. Mi abuelo Karageorge sembraba el pánico entre los turcos apenas aparecía frente a ellos. Mi padre, S. M. el Rey Pedro, ganó la cruz de la Legión de Honor combatiendo en las filas francesas contra los prusianos. En realidad, el valor, como la cobardía, es hereditario y más aún que eso, un don del cielo... Yo no quiero que mi país tenga el militarismo por ideal, pero la verdad es que estamos rodeados de naciones que nos odian y necesitamos tener la garantía de un ejército bastante fuerte para hacernos respetar...»

Y luego el Príncipe se complacía en recordar los detalles de la pasada guerra; la bravura de sus soldados y como ante su avalancha se fueron rindiendo Komnovo, Prizrend, Bitol, Okhrida, Uskub, Mitrovitza...

Tenía entonces el caudillo veinte años. ¿Cómo no enloquecer de soberbia y de vanidad? Porque

para este Príncipe es como si un mundo de sueños se trocara mágicamente en un mundo de realidades. Había nacido en la expatriación y en el destronamiento. Otra dinastía vivía en el palacio de Belgrado; una dinastía que escandalizaba a Europa con las liviandades de un rey exonerado y con la ingiotez de su hijo soberano. Pero aun así, volver a la patria, recobrar la realeza era como la visión lejana de una felicidad que se alejaba cada día más. Había subido al tálamo real una mujer de talento, que iba a consolidar el dominio, que iba a recobrar el cariño y la fe de su pueblo. Ahí en San



Paisaje de Belgrado



Servios de Mohacz en el mercado



Obreros servios á bordo de un buque

para este Príncipe es como si un mundo de sueños se trocara mágicamente en un mundo de realidades. Había nacido en la expatriación y en el destronamiento. Otra dinastía vivía en el palacio de Belgrado; una dinastía que escandalizaba a Europa con las liviandades de un rey exonerado y con la ingiotez de su hijo soberano. Pero aun así, volver a la patria, recobrar la realeza era como la visión lejana de una felicidad que se alejaba cada día más. Había subido al tálamo real una mujer de talento, que iba a consolidar el dominio, que iba a recobrar el cariño y la fe de su pueblo. Ahí en San

Petersburgo, en un internado que recordaría acaso el de Jack de Daudet, en la escuela de Derecho, en la escuela militar, este mozallete sufría advirtiendo las burlas de sus camaradas burgueses. No hay nada más ridículo que la realeza, el derecho divino sin la sanción de la realidad, sin trono ni séquito, ni uniformes, ni lista civil. Así pasó la infancia de este Príncipe.

En la dinastía expatriada se confiaba en que el Milanovitch que detentaba el trono, degenerado, hijo de un alcoholico y mujeriego y jugador, y vesánico, y de una austera y mística y soñadora e histérica no llegaría a tener hijos. Entonces la familia Karageorgovitch sería aclamada de nuevo por el pueblo y el ejército, que recordaría sin duda, el derecho divino del fundador de esta dinastía. Un montaraz, hombre del pueblo, que había luchado contra el turco, que había levantado partidas, organizado ejércitos, que había saqueado e incendiado y había hecho temblar las montañas con el eco de su valor, de su temeridad, acaso de su crueldad también.

Pero surgía en la historia de Servia inesperadamente aquella mujer llamada Draga, que venía del pueblo también, como el primer Karageorgovitch, aunque no con estrépito y armas de guerra, sino con el suave murmurio y las flechas del amor, y no sólo se apoderaba del corazón del Rey y escalaba las gradas del Trono, sino que fecundaba en su seno el germen de un nuevo Rey... ¡Ah! por aquellos días debieron de ser crueles las burlas de los camaradas en el internado, en la escuela de Derecho y en la escuela militar. A medida que las esperanzas y las posibilidades disminuían era más difícil encontrar judíos que dieran dinero para una revolución; los Zares trataban cada vez con mayor desprecio a aquellos huéspedes enojosos, reyes sin corona, monarcas sin dinero, ungidos de un derecho divino discutible... Fué preciso un esfuerzo por encima de la conciencia, para



Bifurcación del Donau, delante de Orsowa

los honores, é hizo retemblar con el estruendo de la dilapidación de una noche las vidrieras de un restaurant, que antaño mirara desde la calle iluminadas, con envidia de mozalbete pobre...

¡Pobre Servia! Muchedumbre de pastores, madereros, carboneros, traganantes; manada de gentes rudimentarias que no sabían del precio de su independencia más que la brutalidad del turco que la defendía; que no sabían de la libertad más sino que entre ellos había habido esclavos hasta hace poco; que no conocían de la vida más que la parvedad con que un suelo rocoso y pobre contribuía á mantenerla. ¿con qué espanto ha tenido que abandonar sus campos, sus apriscos, sus casas, é ir huyendo por sus montañas, de cresta en cresta, de barranco en barranco hacia el sur extranjero, hacia Albania poblada de enemiga gente; huyendo ante el tronar de los cañones, ante el hambre cruel, ante la muerte implacable?...

Y ahora, el viejo Rey Pedro, con su perfil de aguilucho y el mozalbete orgulloso, que paladeó en su mocedad el soberbio placer de la victoria, y que soñaba con quedar en las historias con el suntuoso apelativo: *Alejandro el Macedonio*, tendrán que emprender por el mundo la triste y burlesca peregrinación de los reyes sin corona, monarcas sin dinero y ungidos de un derecho divino discutible. Nadie les hablará de la sangre humana que por ellos se ha derramado, pero en cambio algún día, la fina perspicacia del camarero de un restaurant parisién les amargue un minuto de vida:

—¡Ah, ustedes fueron reyes de Servia!... Yo conozco el dinero de ese país... ¡Corría aquí cada juerga el Rey Milano!

Dijérase que esta guerra litiga, ante todo, más que el derecho de los reyes y la conformación de las fronteras, la calidad misma de los

soberanos que están al frente de los pueblos. Crisol enorme donde gesta una vida nueva, nos maravillamos viendo cómo todas las ideas por las que luchó y padeció la Humanidad, han fracasado y cómo se forja algo imprevisto, algo que no conocemos ni podemos adivinar. Será la Era nueva en las páginas de la Historia.

¿Cómo podría imaginar que todo esto había de venir al mundo por sus ambiciones, aquel estudiantillo pobre que en las calles de San Petersburgo miraba con envidia las vidrieras iluminadas de los restaurants en fiestas?

MÍNIMO ESPAÑOL

conseguir que no acabara de borrarse el recuerdo de aquel bravo guerrillero que había logrado convertir la pelliza de un pastor en un manto real. Y una noche el palacio real de Belgrado fué asaltado, se profanó la alcoba y el Rey y la Reina fueron asesinados...

¡Oh, qué indignación la de Inglaterra! Retiró su embajador de aquella corte bárbara y juró que no reconocería á una dinastía que asaltaba un trono manchado de sangre, sin que los regicidas fuesen castigados... He aquí que rápidamente han cambiado las cosas. La pobre Servia, la pobre nación que tenía una noción rudimentaria de su independencia y no sabía más, se vió en pocos años arrastrada á una guerra

en la que la sangre del pueblo, derramada lícitamente, borró las manchas que había en el trono y suavizó las austeridades de Inglaterra; organizada militarmente luego para servir las ambiciones de este joven Príncipe, que como Napoleón, había en su mocedad llevado ejércitos á la victoria; y, al cabo, piedra de escándalo, acusada de haber perpetrado un nuevo regicidio y haber encendido la guerra europea, lanzarse á pelear de nuevo en busca de más amplios territorios y deshacerse, al fin, arrasada y destruída... Nuestro Jorge Manrique preguntaría ahora á esa dinastía de pastores bravíos, guerrilleros audaces y príncipes sin escrúpulos qué se hicieron todas aquellas grandezas militares, qué aquellos ejércitos que vencieron á los turcos y á los búlgaros, qué aquellos propósitos de conquista en los territorios vecinos...

Acaso en estos días trágicos, cuando se huía aceleradamente por los caminos, ante una muchedumbre enloquecida por el terror; viendo cómo las manos que antes aplaudían se cerraban airada y amenazadoramente y cómo los labios que antes vitoreaban, maldecían ahora, los ojos enrojecidos por el insomnio y por la fiebre, hayan fingido la silueta de un fantasma, la silueta de aquella dolorida Reina Draga asesinada en el tálamo real de esta nación que se ha deshecho...

Pero, ¿no espanta el dolor de este pobre pueblo, sacrificado á las ambiciones de este mozalbete que creía que el valor era en su corazón un don especial del cielo? Después de sus primeras victorias, generalísimo á los veinte años de un ejército que arrebató á los turcos su dominio de cinco siglos, se proporcionó el placer de volver á San Petersburgo á que le viesen hijo de reyes y caudillo glorioso los que le habían conocido estudiante. Se hizo recibir por el Zar con todos



Una revista de reclutas servios



Afuera de Belgrado

FOTS. HIELSCHER

DE OTROS TIEMPOS Y OTRAS LEYES
EL DERECHO DE ASILO

EL origen del privilegio concedido á determinados lugares para impedir que la acción de las leyes humanas consumase su obra de castigo en la persona de los delinquentes que lograban ponerse á su amparo, es tan antiguo como los principios del rudimentario Derecho en que mucho más tarde fundamentáronse los legisladores para erigir la obra filosófico-social que hoy sirve de protección y de garantía á las gentes y de freno á las pasiones.

Antes que derecho fué una costumbre que hizo necesaria la barbarie con que se procedía para castigar los delitos en aquellas primitivas edades en que, no existiendo códigos que regularan deberes y atribuciones y protegiesen á los hombres contra la injusticia y el abuso, imperaba la voluntad del poderoso y del fuerte, sin trabas ni obstáculos de ningún género, impuesta de manera tan absoluta que á ella vivían sometidos los humildes.

Pero aun antes que costumbre establecida por las primeras manifestaciones del sentimiento de equidad fué medio de que se valieron los fundadores de ciudades para poblar las tierras conquistadas ó en que pacíficamente decidieron establecer sus dominios, pues concediendo inmunidad y protección á los que se refugiaban en ellas, acogíanse á este beneficio cuantos tenían que temer algún castigo ó represalia de sus conterráneos.

De los primitivos tiempos de Grecia data indudablemente ese privilegio, como lo demuestra el nombre que lo distingue, del griego *asyló*, que quiere decir refugio inviolable.

En tiempos del paganismo fueron estos refugios los altares, los templos y demás lugares consagrados por la religión. Sábese que en Atenas eran asilos el altar de la Misericordia y los templos de Teseo, de Hércules y de Minerva; en la Lacedemonia el templo de Palas, y en Efeso el de Diana. El criminal que buscaba refugio en estos sitios sagrados librábase de toda persecución mientras permanecía en ellos, pero si los abandonaba volvía á ser perseguido. Aunque la



Uno de los arcos de la calle de la Canongia vieja, en Segovia, que con otros tres ya desaparecidos, cerraban el barrio que se llamó Claustro y que á semejanza de las Iglesias tuvo derecho de Asilo para delinquentes
 FOT. A. BONILLA

santidad del asilo era inviolable, recurríase frecuentemente á medios indirectos para hacer que el refugiado lo abandonara por su voluntad, bien privándole de alimentos, bien cercando el templo y aun incendiándole.

El concepto que del Derecho tuvieron los romanos era contrario á la institución del asilo, y únicamente concedieron el privilegio á las vestales, quienes podían salvar la vida al sentenciado que encontraran en su camino y demandase su protección.

Entre los cristianos, el derecho de asilo no se

limitó á las piedras del altar ni á los muros del templo. El sacerdote podía amparar al culpable en su huida, aunque ambos se encontrasen muy lejos del sagrado recinto.

El fin del asilo cristiano era oponer la clemencia y la misericordia á la dureza y severidad de la ley. Fundose este principio, que la Iglesia quiso introducir en el Derecho común, en las palabras de San Agustín: «El castigo, como el perdón, no tienen más que un objeto: corregir al delincuente.»

Pudo el cristianismo obtener del poder civil privilegios é inmunidades análogas al antiguo derecho de asilo, y cumpliendo su misión de suavizar los rigores de la ley, llegó á conseguir fuera consignado y sancionado en el Fuero Juzgo. Uno de los concilios de Toledo acordó ampliar hasta treinta pasos de las paredes de los templos el asilo á que podían acogerse los criminales, y que únicamente el sacerdote pudiera entregarlos, pero á condición de que se respetara su vida.

Desde el siglo vi al xi llegó á extenderse tanto este derecho por virtud de nuevos cánones y leyes que llegó á ser bastante para eludir la acción de la justicia abrazarse á una cruz.

Efecto de tan excesiva extensión llegó á constituir un abuso y se hizo necesario establecer limitaciones.

En un breve pontificado de 1772 se ordenaba á todos los prelados que en término de un año señalasen en sus respectivas jurisdicciones uno ó dos lugares en que únicamente habría de ser respetada la

inmunidad y considerando que no á todos los delitos podía concederse el derecho de asilo, excluyéronse algunos de los que ofrecían caracteres más graves. A medida que los progresos filosóficos y sociales fueron estableciendo leyes que consolidaban el derecho, fué aminorando el privilegio de la Iglesia, que había de desaparecer en cuanto la institución de la Justicia constituyera para la sociedad la más sólida garantía de orden y para todos el más positivo amparo y el más seguro asilo.

JUAN BALAGUER

LA LOCURA DE LA HUMANIDAD



“La noche de San Bartolomé”, cuadro de Francisco Dubois, que se conserva en el Museo Arlaud, de Lausana (Suiza)

La Humanidad es como un monstruo que se complace en desgarrar sus propias entrañas. Y así, cuando escucho que esta guerra es la cumbre de la crueldad, pienso que es á lo sumo, una de las páginas más sangrientas de la Historia, pero que el futuro contemplará más cruentas carnicerías y crímenes mayores. Porque esta Humanidad zurda, sensual y triste, está irremediablemente loca.

Tengo ante mis ojos un viejo grabado que copia un cuadro pintado en madera, por Francisco Dubois d'Amiens. Es la matanza de la *Noche de San Bartolomé*. Es una pintura un poco tosca y un poco ingenua, que da la macabra impresión de esos teloncillos sangrientos, que de feria en feria cuentan un romancero truculento de horribles asesinatos y de patíbulos. ¿Cuántos cientos de hugonotes fueron acuchillados en aquella noche tremenda? Tal vez el que lleva el registro de las atrocidades de los hombres, nos podría contestar exactamente. Sólo nos han dicho que aquellos asesinatos se perpetraron en nombre de un fanatismo.

Un poco más allá tengo un grabado que representa á Calvino, el herejarca de Ginebra, que mandó quemar á Miguel Servet. Sus ojos alucnantes como dos brasas, brillan junto á la corvina nariz. Ambas estampas son las dos fases de la misma crueldad. Son dos pretextos distintos de la misma locura homicida de la Humanidad; son la herencia de Caín, que como una maldición milenaria, tiene su continuación á través de los siglos y de los siglos...

Las religiones y las ciencias, todas las ideas humanas, que quieren ser como la antorcha del futuro, se llenan de sangre por la locura de la Humanidad. La cruz de Cristo, que era todo amor y todo dulcedumbre, chorrea sangre, desde hace veinte siglos. El Fanatismo la Estupidez y la Crueldad, manchan de cieno rojo los más puros emblemas de la vida. Los ciclones bárbaros de las bajas pasiones, apagan los faros del alma y así la noche espiritual será eterna.

Al crimen sigue la pena que impone la jus-

ficia de la tierra. El crimen castigando al crimen. Paradoja monstruosa.

Mucho se ha clamado contra los bárbaros procedimientos de la Inquisición española—garrotes, tabletas, clepsidras enloquecedoras—. Sin embargo el Parlamento de París, tuvo también su Torquemada. Era la locura de la época, la locura religiosa, que ha durado cuatro siglos, cuatro siglos sangrientos y que aún marca un rastro cenagoso en algunos espíritus. Aún tene-



“Los herejes iconoclastas”. (De un grabado antiguo)

mos el honor de poseer algunos distinguidos inquisidores, repartidos en el cuerpo social. Es la herencia de cuatro centurias, el producto de una ideología petrificada, que no ha tenido tiempo de renovarse.

Tan cruel fué Calvino como Torquemada y ambos tan fanáticos como Savonarola, y todos como el Papa Borgia unos falsificadores de las palabras del Rabí. Errores, fanatismos, libertinajes y crueldades, todo flotante en un mar de sangre. Esta es la síntesis de cuatrocientos años.

Hay una fuerza irónica y fatal en la vida, que hace que tornen los bárbaros, cuando el progreso, que es la paz, la armonía, la ciencia y el arte florecen sobre los escombros de los pueblos. Esa fuerza fatal corta el camino de la Humanidad hacia la luz, hacia ese inefable y misterioso futuro, al destino adonde marcha esta larga cadena de criaturas, materia lamentable, que el dolor de las infinitas encarnaciones ha de trocar en esencia divina y luminosa.

Y siendo el destino lógico, llegar al conocimiento de los misterios por una constante labor milenaria ¿qué representación pueden tener estas inmensas catástrofes que retrasan el advenimiento del fin? Parece realmente que existen las dos potencias del Bien y del Mal, luchando en el corazón de la Humanidad, dando carne viva y sangrante al símbolo del Angel y del Demonio.

Reyes y apóstoles, ideales religiosos y políticos, y estos otros pretextos de exterminio que se llaman honor patrio y expansión mercantil, sólo son representaciones de la locura de la Humanidad. Es asombroso cómo se juegan la vida los hombres, la vida que es lo más precioso y lo más definitivo, por la mixtificación de una idea, por un error sanginario.

Y no tiene remedio. A esta guerra que es la continuidad de las anteriores atrocidades de la Historia, seguirán otras atrocidades más horribles, porque el genio del mal, por paradoja monstruosa, aprovechará los elementos del progreso que es la vida para fabricar la apoteosis de la muerte.

E. CARRÉRE

LA MODA FEMENINA

HACE mucho tiempo que no os hablo de los detalles que acompañan, completándola, á toda *toilette* de buen gusto. Ya sabéis por mis manifestaciones de otras veces que mi opinión concede al detalle en la indumentaria una importancia esencial. Para juzgar del espíritu de una mujer yo no me dejo nunca deslumbrar por la riqueza ó el acierto de su traje. Busco siempre el peinado, el adorno, el pañuelo, el bolsillo, algo, en fin, que obligado á complementar y siendo de la exclusiva elección y del libre albedrío de la interesada dé la norma de su delicadeza y acuse francamente la índole de su distinción.

Hablaros de los detalles que integran un buen conjunto en toda *toilette* femenina es imposible en el reducido espacio de que dispongo hoy y por eso trataré ligeramente de los bolsos, que son, dentro de su aparente insignificancia algo de lo que más importancia tiene para nosotras, no sólo en su relación con el indumento.

Quien quiera que fuese el que resucitó la costumbre del bolsillo ó limosnero, tuvo una ocurrencia plausible. A las metamorfosis sufridas desde su reparación, copiando primeramente el estilo antiguo, reclamando después en la forma y en el tamaño una absoluta independencia y siendo grandes, grandísimos, medianos ó excesivamente pequeños, ha seguido una adaptación de forma y dimensiones muy atinada y de proporción justa, porque de entre las diferentes hechuras y tamaños han ido quedando las varias que respondían al destino que

tienen y á los fines que están llamados á cumplir. Las formas más usuales son las del bolsillo entrelargo, de picos redondeados, y aun las redondas completamente habiendo desaparecido las cuadradas cuya dureza de líneas no coincidían bien con la delicada sensibilidad nuestra.

Estos bolsillos se confeccionan en moaré listado y faya, como última novedad, teniendo las boquillas de metal, de concha, de oro, de nácar y forradas también de la misma tela. Los de teatro deben ser de terciopelo, en armonía de color con el traje y no llevan cierre ninguno. Únicamente unas largas cintas de seda pasada por el mismo terciopelo ó por anillas de pasamanería que con el peso de los gemelos hacen un fruncido artístico por todo cierre. Estos bolsillos son á la vez que indispensables para nuestros momentáneos arreglos, guarda y refugio de nuestras confidencias.

¡Cuántas veces la seda de su forro ha sentido el temblor nervioso de nuestras manos diminutas oprimiendo con cariño la hoja de fino papel emisario feliz de una dulce promesa de amor! ¡Cuántas veces ha sufrido en su blanda cárcel de seda los rigores del cautiverio el billeteito perfumado en que llevaba nuestra respuesta un mundo de ilusiones! El bolsillo es todo un misterio y su fondo un enigma donde vive y late el secreto indescifrable para los demás de los tesoros de ternura que encierra el alma femenina.—ROSALINDA



ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



COVADONGA.—CLAUSTRO DEL PATIO DE LA HOSPEDERÍA, EN LA ANTIGUA BASÍLICA

Fot. Campúa



LA ENTRADA AL PUERTO DE SAN SEBASTIAN EN UN ATARDECER DE OTOÑO

Fot. Hielscher

LA ESFERA

BELLAS PERSPECTIVAS



UN PINTORESCO PAISAJE DE LOS ALREDEDORES DE BARCELONA

Fot. Espinal



LAS VUELTAS DE SAN ANTON

(ROMANCE)

Hoy no háy carros en la Corte
ni coches si se pagaran
en fuerza de ser urgentes
con un ojo de la cara,

pues las mulas que les sirven
van orondas y galanas
siendo tronos de sus mozos,
(que á fe que no se cambiaran
por un califa de Córdoba),
á bendecir la cebada
dejando por cada *asperges*
las dos partes de la carga.

Miren aquel que ahora llega
sobre una torda rodada,
que más se parece á Baco
que á un simple mozo de cuadra.

Cuando subiera, traía
dos anegas de cebada
so la mula y ahora trae
presa entre pecho y espalda

poco menos de una arroba
del rico zumo de Arganda.
Esotro que agora cruza
en una yegua alazana

miren que viene hecho lodos
desde los pies á la cara
porque metióse en peleas
con dos moros de la Mancha,
sobre quién primero dellos
llegábase á la ventana
á tomar las bendiciones
del santo de la Tebaida.

Aquel viejo, que un pollino
más que conducir arrastra
del cabestro, es un truhán
que tuvo grande humorada.

Fué esotro día llevado
por toda la villa, en facha,
á lomos de aquese asnillo
ardiendo en lapos la espalda

y cuando salió del trance
compró el asno que fué ara
de su cruz y tráela agora
como ofrenda de sus mañas...

.....
Pero, quedo, que aquí llega
por reina desta bullanga
aquea usía que tiene
sangre y corazón de maja.

El calesero que guía
y va sentado en la vara,
es un Dieguillo de Noche
matador de reses bravas
que en el pecho de la usía
ha visto lucir el *alba*...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

DE LA GUERRA CRUEL LA TRINCHERA ABANDONADA

EN esta lucha tenaz y perenne que se ha estereotipado en el Norte de Francia, en el último rincón belga y en la abrupta zona lorenesa de los Vosgos, y que en tierras de Oriente ha adquirido, asimismo, caracteres de inquebrantable estabilidad, cuando el cañón ha enfocado su objetivo bélico, la rapidez del fuego granado, la ininterrumpida lluvia de sprhanells y la potencia destructora de los modernos explosivos, barre en la zona batida todo hábito de vida y en escasos minutos es un montón de ruinas lo que fué barrera de marciales ambiciones.

Revolotean los pájaros de guerra para escudriñar desde las alturas las posiciones rivales y cuando las descubren vuelan sobre ellas en rápidos giros para marcar á su artillería la situación del blanco escogido; horquillan las baterías el blanco fijo que les señalaron los aviones y cuando logran la certeza de sus disparos, concentran sus mortíferos fuegos sobre el pequeño espacio en que pretenden abrir brecha, preparando así el avance seguro de su infantería.

Quiébranse en trozos las alambradas que en el glasis de las trincheras eran defensas accesorias para entorpecer la marcha de los asaltantes; por efecto de la explosión los alambres se retuercen, la erizada malla de la tupida red se alabea encurvándose; los sacos terreros que formaban protector parapeto se rasgan por dar suelta á la comprimida tierra, que nieve y frío endurecieron en las invernales jornadas.

Los proyectiles explosivos que lanza el 75 francés están cargados con 60 partes de cresilita y 40 de melinita. Esta última es el ácido picrico fundido, es decir, una combinación de fenol y ácido nítrico. Pesa el proyectil explosivo 5 kilogramos 300 gramos. La parte superior de la carga está completada por unas capas de melinita pulverulenta en la cual se aloja la espoleta de percusión y el detonador, que permite al proyectil penetrar en la masa que trata de destruir antes de estallar. Produce el proyectil abundante humo negro que facilita la observación de los disparos.

Los efectos de los proyectiles explosivos son enormes: en plena tierra abren un agujero inmenso, deshacen el cemento.

Sólo el acero en forma redondeada resiste, en parte, su dura acción.

Carece este proyectil de la potencia incendiaria que caracteriza al sprhanell, pero emite, por el contrario, gases de efectos asfixiantes que hacen ineficaz toda defensa en la zona batida.

Los artilleros franceses llaman á la granada explosiva el proyectil amarillo; tal es el enrarecimiento del aire que con la explosión se produce, que provoca una verdadera asfixia.

Es este proyectil de acero cromado; estalla por el fondo, y la proyección mortal es hacia atrás de su punto de caída.

El cuerpo del proyectil se quiebra en miles de pedazos que tienen una fuerza de penetración considerable.

Aún son más potentes los explosivos empleados por los alemanes en sus proyectiles del 77 y en la gruesa artillería aplicada á campo libre por vez primera en esta ruda y tenaz pelea mundial.



Explosión de una granada sobre las trincheras anglo-francesas, en Flandes

El proyectil explosivo se emplea con preferencia para destruir obstáculos ó el material enemigo y se utiliza también contra el personal que avizora la situación bélica á cubierto de un abrigo del terreno ó artificial, contra las masas de caballería, contra las localidades y contra los bosques.

Entre las curiosidades de esta gran guerra está la anulación de las fortificaciones de plazas y el encubramiento de las trincheras en pleno campo. Las plazas fuertes fronterizas son y serán apoyo y amparo de la movilización y concentración de los ejércitos.

Dice Von Bernhardi en su libro acerca de la guerra contemporánea (*Von heutigen Kriege*): «En general se cae en la tentación de mirar las plazas fuertes exclusivamente como medio de defensa y aun de defensa próxima; han nacido, en efecto, de la idea primordial de proteger al país en que se encuentran. Sería, sin embargo, un error interpretar de este modo la importancia de las plazas fuertes en la guerra moderna.»

La guerra, muy sencilla en su origen, ha llegado á ser la obra de un mecanismo enorme y complicado. La fortificación ha perdido desde hace mucho tiempo el carácter limitado de protección local y su función de auxiliar de la defensa. Tiene un valor operativo considerable para la dirección general de la guerra moderna.»

En cambio la fortificación á flor de tierra ha adquirido una importancia bélica extraordinaria, porque las trincheras forman sobre el suelo un dédalo de paralelas y transversales que permiten abandonar el trozo batido mientras dura el tenaz bombardeo que lo destroza y aniquila y acudir á él, con vertiginosa rapidez, cuando la infantería enemiga creyendo suficientemente preparado el ataque se lance á tomar posesión de las humeantes ruinas.

Los combatientes han buscado protección á las granadas explosivas minando el suelo y cavando bajo la tierra galerías de minas en las que no sólo adquieren amparo de los proyectiles enemigos, sino que les sirve también de avance trágico en la ruta de su rival para combatir en las entrañas de la tierra, como sangrienta y duramente se pelea en la superficie del suelo, en el aire y en el mar, sin augurios de paz, ni esperanzas de tregua.

¡Eterna discordia!

CAPITÁN FONTIBRE

LA ESFERA

BELLEZAS DEL GRAN MUNDO

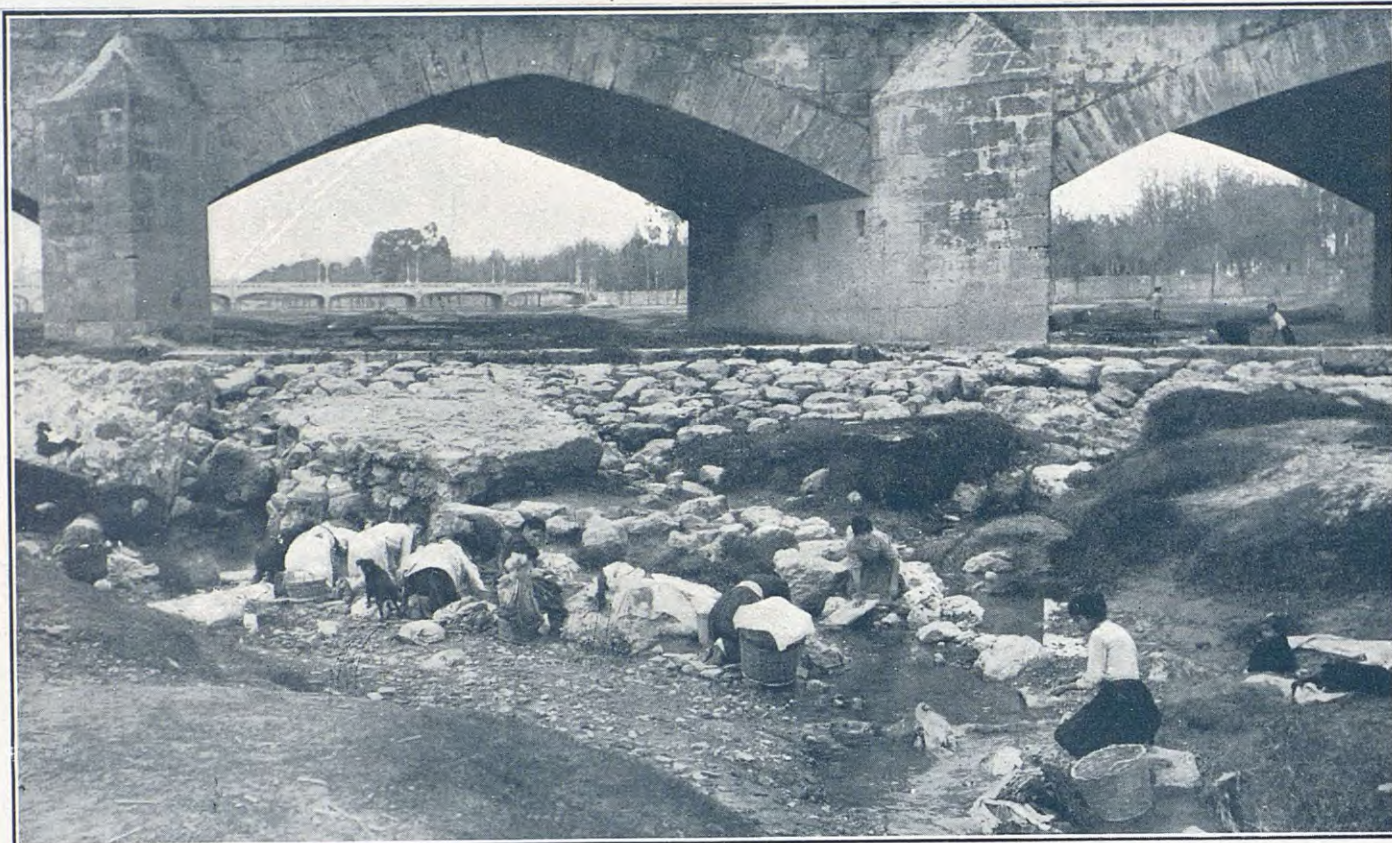


LUZ EMILIA DE PRIES

Bellísima señorita malagueña, que ha regresado á su país, después de haber permanecido una larga temporada en el extranjero

FOT. KAULAK

EL TURIA, SECO



El puente del Mar, sobre el cauce del Turia

VALENCIA la hermosa, la ciudad del arte, la de ambiente lumínico cargado de aromas, jardín voluptuoso, dulce y poético arrullado por las azuladas ondas del mar latino. Entre los bellos calificativos que a tu nombre engarzados son los más usuales, los más conocidos, los que te distinguen de toda otra población española: la ciudad de las flores, la ciudad del Turia. Estos dos nombres, flores y Turia, traen impresos en su mente cuantos viajeros llegan a tu majestuosa mansión para conocerte. De flores puedes ofrecerles el inmenso jardín que te rodea y embriagarles con su aroma. La hermosura de policromo campo, siempre fresco y florido, y la bella realidad de tu paisaje, colman la fantasía del que te contempla, satisfecho de reconocer cuán justamente ostentas el galano título de ciudad de las flores, jardín de España. Por el contrario, cuando el viajero espere su vista por el anchuroso y enjuto cauce del Turia, aprisionado por altos y potentes muros pétreos, sufre enorme decepción. Ni uno solo de los que por primera vez le ven, exhausto del precioso elemento, deja de lanzar una exclamación de triste sorpresa. ¿Este es el Turia? ¡Si está seco!...

Efectivamente, el Turia llega tan mermado a la ciudad, sobre todo en la época actual, que bien puede decirse que no existe. Es un río que, a veces, no va a dar en el mar. Muere antes. Su ancho lecho, en los alrededores de la capital,

es aprovechado para toda clase de *sports* y ejercicios militares. En su dilatado y arenoso cauce está establecido el tiro de pichón y el mercado de ganados. Numerosas familias de gitanos buscan asilo debajo de los amplios arcos de sus sólidos puentes; pero ese Turia seco que defrauda estéticamente las ilusiones del forastero, es el noble y bendito signo de laboriosidad regida por la ciencia que honra a este activo pueblo. La sequedad del río es otra gloria valenciana, acaso la más digna de alabarse por ser obra del hombre, que ha sabido aprovechar el rico venero que le donó la naturaleza para convertir los eriales en vergeles, los a dorados y sedientos campos en parajes suaves y lozanos.

El Turia ó Guadaaviar, que entre profundas gargantas y rápidas pendientes se precipita des-

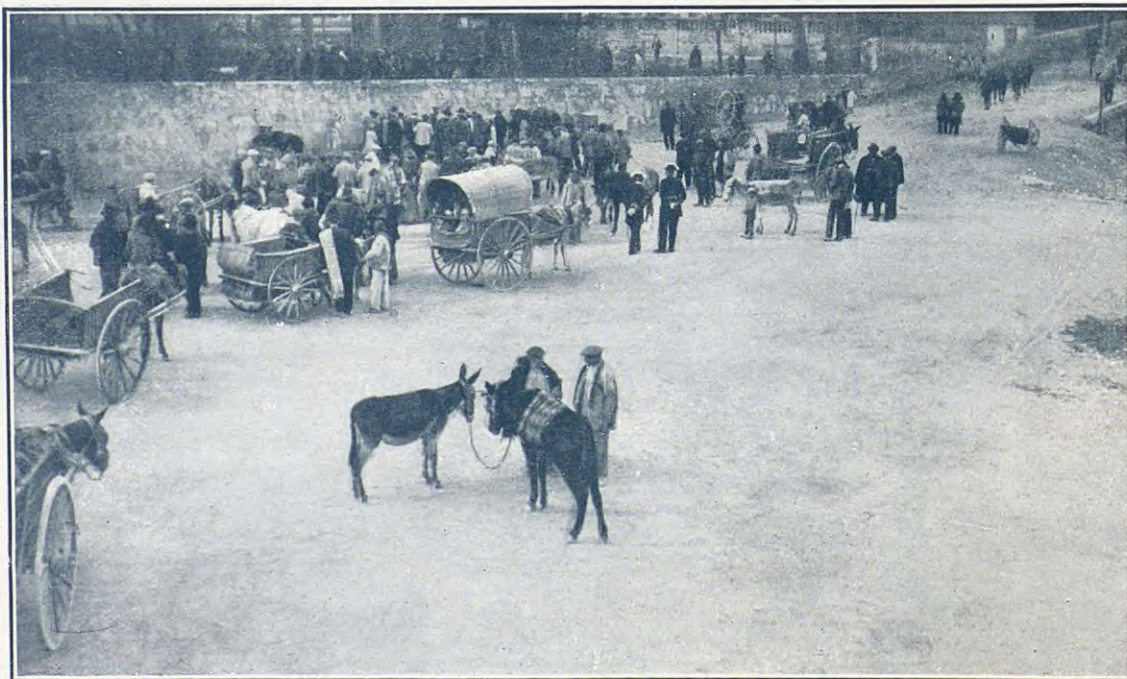
de la ingente Muela de San Juan hasta la suave llanura valentina, sufre enormes sangrías que dan fertilidad y belleza a esta tierra. Una maravillosa red de canales distribuye sabiamente las aguas hasta los más recónditos lugares, entonando éstas, al pasar, con suave murmullo, un himno a la vida y al trabajo.

¡Hermoso país, que no tiene un puñado de tierra ociosa! ¡Paradisíaca tierra cuyas aguas fertilizan es van mezcladas con el sudor de la frente de sus moradores!

Sin embargo, el manso y apacible Turia suele a menudo dar pruebas de su bravura inundando la huerta y llegando a la ciudad con tan inmenso caudal que los altos peñales de sus distancias márgenes se declaran impotentes para contenerlo. Numerosas crecidas tenemos anota-

das, mas no es este el momento oportuno de hablar de ellas. Una de las más notables ocurrió en 10 de Noviembre de 1897.

Con que ya lo sabes, amado viajero: cuando visites el jardín de España y veas el Turia que bordea la capital cubierto el cauce de arena ardorosa sin un hilito de agua que lo surque, descúbrete ante él y saludale como al héroe que yace moribundo por haber dado la sangre a su patria. ¡Ojalá que la mayor parte de los ríos españoles llegaran secos a su término por idénticas razones que muere el Turia exangüe a los pies de su amada ciudad!

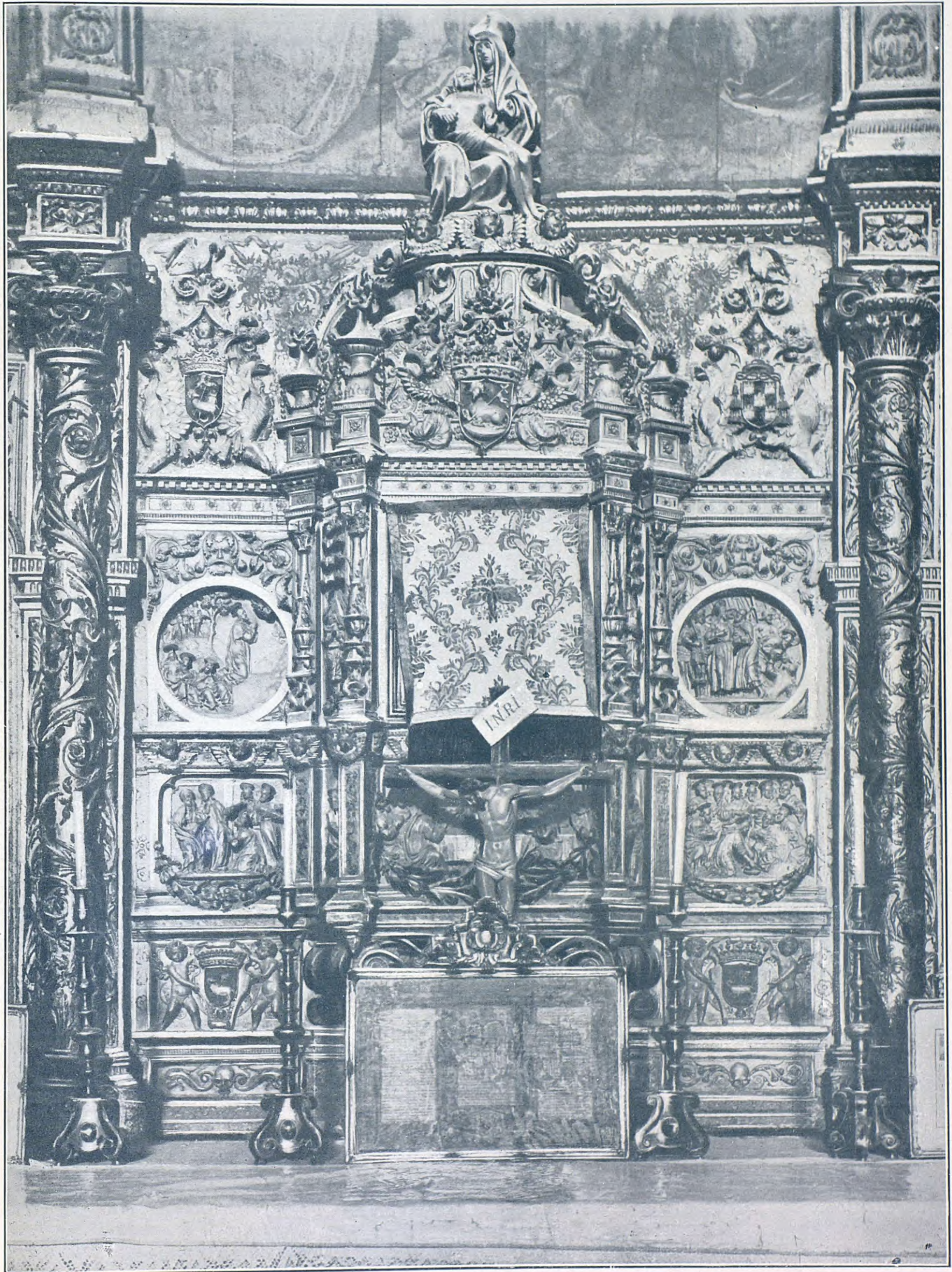


Mercado de ganados, establecido en la margen del Turia

FOT. GÓMEZ DURÁN

Ramón Velasco Pajares

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



PRECIOSO SAGRARIO DEL ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL DE AVILA FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

MADRID EN LA NOCHE □ LA CUESTA DE LA VEGA

LA Cuesta de la Vega es, en los anocheceres veraniegos, como un blanco camino de ensueño. Desde su trozo máximo veis el palacio de los Reyes, mudo, enorme, sin luz en las ventanas, y la cúpula de San Francisco el Grande que alza al cielo su cruz para que la roja luminosidad del crepúsculo la circunde y parezca nacer de ella, como en un milagro, como cuando los guerreros cavilosos á las puertas de sus tiendas de tela miraban á lo alto, y en lo alto, más allá de las nubes que se habían separado para formar un fondo de apoteosis, veían también lucir una cruz fulgurante, y unas mágicas palabras que ofrecían el secreto de la victoria.

Por este blanco camino, entre el palacio y la iglesia donde se arman caballeros; por este blanco camino que se hunde en una fronda donde anida el suave misterio de la noche, pasa la pareja de enamorados ó el hombre rudo que vuelve de la labor diaria. Podía pasar también el guerrero salido de la mansión real, ó la pareja de frailes que volviesen hacia el templo, después de postular por el llano. En el llano, lejos, entre las sombras, unos puntitos de luz trazan dos rectas paralelas. ¿Por qué están esas luces allí, lejos de la ciudad, perdidas, como caídas entre las matas de empolvado tomillo que imagináis en el campo?... Quizás hay otro pueblo allí, pero vosotros no queréis romper con tal sospecha la paz adivinada en la llanura.—«Procesión de aldeanos: Santa Compañía; río en que tiemblan, á una y otra margen, las estrellitas del cielo»—, queréis pensar. Y como la noche es gran amiga de la Fantasía, el pueblo desaparece y sus luces son lo que queréis: procesión, milagro, reflejo: égloga ó misterio suave...

Sobre un muro—en este recodo del camino—la alta y negra silueta de unos árboles recorta el cielo. Al otro lado, los árboles de una alameda pública dialogan con sus hermanos los del jardín real, en un susurro todo lleno de confidencias. Y, á veces, cuando el soplo del aire es más fuerte, se aumenta el rumor, como una leve risa,



y los árboles cabecean como reverenciando, quizás como asintiendo á la charla del hermano.

Rompe el muro una verja y junto á la verja, tras la que permanece un centinela, se acurruca la vivienda del guarda del Campo del Moro. Ahora el guarda conversa con alguien sentado en los escalones, y por la puerta abierta sale hasta el paseo enarenado un plano de luz. Los jardines y el bosque de la regia finca están sombríos. En el plano de luz juegan los hijos del guardián; el más pequeño, á veces mira atentamente las sombras y torna en una nerviosa carrera hacia el paterno regazo. Algún misterio vagaba entonces bajo las negras copas ó entre la maraña de maleza, y su almíta sensible lo entre-

vió. Los niños tienen su espíritu abierto á los misterios, y esa inquietud que trepa por nosotros cuando una noche nos sorprende en un bosque, es en ellos confusa revelación de brujerías: las almas de las cosas que han de estar inmóviles y yertas á la luz del sol, ante nuestros ojos curiosos, andan por la obscuridad, y las de los niños, que han llegado ayer del misterio, que tienen aún la vaga impresión reciente de sus correrías sobrenaturales, antes de encarnar, las adivinan y oyen su llamamiento. Cuando infantes ¿habéis atravesado una noche la umbría de un jardín?... ¿Recordáis toda aquella riqueza de vocécitas, de cuchicheos, aquellas luces microscópicas que se encendían y apagaban entre las ramas; aquel espectro blanco, hecho de niebla, que se alzaba del cauce del río; aquel suave y múltiple ruidillo de un mundo en vida, en vida oculta, de cuento de magia?... ¡Cómo quisimos entonces ser espadaña ó sauce ó humilde musgo escondido para sorprender el secreto nocturno del jardín y dialogar con nuestro vecino el junco ó el álamo ó la hierbecilla, en ese lenguaje que dicen las leyendas que tienen las plantas!...

Después, cuando una extraña mariposa de la noche, de alas blancas como nevadas, ó de oro como si dejasen en ellas su polvillo las cuevas donde los gnomos guardan sus riquezas, ó negras como pintadas por la misma noche sin luna; cuando la extraña mariposa entraba en nuestra casa y volaba en torno á la luz, pensábamos: «¿De qué peligro huirá, la azorada?..»

Y nos parecían trágicas las sombras del jardín que se asomaban al vano de la ventana abierta...

Ahora, cuando se cierre la puerta del guarda y el plano de luz se borre en la arena y crezcan los ruidos del bosque, este centinela del Campo del Moro sentirá también una leve inquietud...

WENCESLAO FERNÁNDEZ-FLÓREZ

DIBUJO DE MÁXIMO RAMOS



PÁGINAS DE LA GUERRA.—Una batería alemana de obuses atravesando la población de Saint Julien

DIBUJO DE PAUL HEY

EL INVIERNO EN MADRID

Todos los años al llegar esta época se renueva en Madrid el mismo conflicto. Quedan centenares de obreros sin trabajo. Ni el Estado, ni el Ayuntamiento pueden hacer nada práctico en su favor y han de limitarse á facilitar algunas papeletas de socorro, de caridad. Los hospitales no admiten más enfermos. Duermen los pobres en la calle y todo el que tenga una mesa y un lecho, aunque sean humildes, ha de sentir cierto remordimiento por la parte de culpa que acaso le corresponda en esa triste desigualdad social.

—Pero en Londres—se nos dice—, la diferencia es mucho más horrible. Hay allí barrios, grandes como ciudades, en que reina la miseria. ¡Y qué miseria! No es fácil imaginarla aquí en Madrid donde todavía no sufrimos el contragolpe de la civilización. —El argumento, sin embargo, no puede convencerlos á nosotros. ¿Les convencerá á los pobres? A los que no comen y van descalzos sobre el arroyo, sin oficio ni beneficio, porque no se lo han dado ni han sabido encontrarlo; á los que esperan un jornal y no llega; á los que prefieren morir en un rincón antes de mendigar y conocen la amargura de su inutilidad además de la de su pobreza; á todas esas víctimas ¿les convencerá de que no deben quejarse si no hallamos remedio á su mal el argumento de que todavía ocurren casos más espantosos que los suyos en Londres, en París y en Berlín?

Como la piedad anda en estos tiempos bastante desacreditada y los sentimientos humanitarios muy en baja, será preciso invocar solamente razones de otro orden. Por ejemplo: la desorganización del trabajo y de la beneficencia y la mala administración de los intereses del Estado y del Municipio. Corrigiendo los defectos que están á la vista, Madrid no tendría todos los años el mismo problema. Apelemos, pues, á la fórmula de la época y vamos á organizar bien en Madrid y su provincia las obras públicas y la beneficencia.

Está, en primer término, el problema de los hospitales. Es ya clásico el conflicto que surge todos los inviernos cuando llega un enfermo grave á la puerta de un hospital y los médicos no pueden darle cama. ¿Faltan hospitales? No. Faltan asilos. Preguntad á quien esté bien informado sobre el asunto y os dirá que durante el invierno se refugian en los hospitales muchos menesterosos cuya enfermedad no es otra sino la pobreza. En definitiva, el hambre. Algunos que, en comiendo, sanan; y otros que si llegan á estar realmente enfermos, de enfermedades graves, es por haber sufrido la intemperie y la escasez más de lo que les permitía su resistencia corporal. Trasladando esa clase de enfermos



El Hospital Provincial

á los asilos podrían cumplir normalmente su misión los hospitales, aun en los inviernos más rigurosos. Lo único necesario, de toda necesidad, es uno—ó varios—hospitales de epidemias. No los hay en Madrid, cuando ya todas las grandes ciudades del mundo han comprendido la conveniencia de prevenir esas situaciones excepcionales. Con los hospitales que tenemos—bien dotados—con nuevos asilos y con un buen hospital de epidemias, la capital de España cumpliría el deber social de asistencia que hoy tiene harto descuidado.

Madrid es caritativo. A pesar de cuantas propagandas se intenten dará limosna en medio de la calle. Aun los más convencidos de que con ello se fomenta la vagancia, la explotación de los niños y la mendicidad por oficio, diremos:—¡Por si acaso!—Y echaremos mano al bolsillo. Luego, nosotros no podemos tener confianza en las organizaciones benéficas. Sabido es que no hay bastantes asilos; que los que hay no pueden presentarse como modelos; que el régimen no se ajusta al carácter de nuestros pobres. Y, por último, sabemos también que ocurre con los

asilos algo semejante á lo que ocurre con las cárceles. Están privados de toda relación social. Constituyen un mundo aparte. Entrar en un asilo ó en una cárcel es caer en un pozo. Salir de ellos es encontrarse solo, en un medio social extraño, tan abandonado y tan desorientado como si se cayera en las montañas de la luna. Por eso Madrid, á conciencia ó por buenos sentimientos, no se desprende del vicio de dar limosna. Este rarísimo genio democrático é individualista inspirador de nuestras costumbres, buenas y malas, practica á la antigua las obras de misericordia y sólo ve la mano que le tienden y la voz que le implora.

Si tuviera confianza en la organización social—de cualquier orden—obedecería los consejos de las autoridades, entregaría la limosna á las instituciones encargadas de administrarla. Pero va á ser precisa una expiación de muchos años en pago de pasadas culpas. La caridad particular sabe demasiado; tiene ya bastante experiencia. Todo el que haya paseado por los claustros del Hospital general, después de descansar los ojos—¡fuerte será quien no los sienta alguna vez arrasados en lágrimas por el espectáculo de tanto dolor!—en aquel apacible jardín y en aquellas bellísimas fuentes gemelas que cantan todavía la gloria del rey Carlos III, habrá visto las cartelas sobre las columnas del patio y en esas cartelas los nombres de ilustres donadores, gracias á cuyas caridades pudo edificarse el Hospital. Muchos, desde los días del emperador Carlos V á los de Doña Isabel II, aspiraron á agrandarle, otros á dotar sus salas y á mejorar sus servicios. Pasada la primera mitad del siglo XIX parece que la tradición se interrumpe. ¿Qué camino ha seguido la caridad inagotable de los españoles, puesto que aquí ya no se puede hablar solamente de los madrileños ni cabe suponer que camilian en un siglo los sentimientos de una raza? ¿Qué ha pasado? Se ha creado sin duda instituciones separadas, independientes. Pero acaso lo más importante sea el divorcio de todo lo oficial; en suma, la desconianza.

Volverá á recogerse en una administración firme y honrada el fruto de la caridad particular, porque se nota ya reacción en ese sentido. Se organizará la beneficencia. Se llegará á separarla en absoluto del problema del trabajo porque nada hay más imoral ni menos administrativo que dar jornales á título de limosna. Cuando ese caso llegue, Madrid, que no tiene las complicaciones interiores de otras grandes ciudades, podrá ver con menos temor la llegada del invierno.



Patio-jardín del Hospital

FOT. SALAZAR

Luis BELLO

LOS CARICATURISTAS CONTEMPORANEOS: "TITO"



DIBUJOS DE "TITO"



CONTRA la afirmación demasiado gratuita y ligera de los que aseguran no existir dibujantes humoristas en España, brotan éstos cada vez más afirmativos y se consolida la reputación de los ya consagrados por el público. El segundo *Salón de Humoristas* ha sido el pretexto para que doctos e indoctos, críticos de reconocido renombre ó maeses reparos de ocasión repitieran que la caricatura no existe en España.

Y esto lo decían cuando, sin periódicos satíricos, luchando con la inteligencia ajena, entregados á sus propias fuerzas y á sus aisladas abnegaciones, iban los caricaturistas españoles imponiendo sus diferentes credos estéticos y éticos.

Lo que sucede, y la miopía de los críticos incipientes—porque los otros críticos, los respetables por su cédula literaria y su historia admirable supieron verlo claramente—no pudo ver, es que el ambiente español es aparentemente hostil á la caricatura.

La política tiene gangrenado este aspecto—el más espiritual del arte pictórico—. Los periódicos satíricos españoles se han limitado á las caricaturas políticas. Pero inofensivas, aludiendo á defectos físicos, indumentarias y costumbres de los personajes y personajillos. La sátira social demoledora no se consiente todavía...

También se tiene el criterio absurdo de que la caricatura debe ser necesariamente grotesca, como aquellas intolerables de la cabeza enorme y el pie diminuto. No se explica la gente cómo puede entrar el arte decorativo en la caricatura y completar los bellos acordes cromáticos la amargura ó el regocijo del asunto.

Poco á poco iremos demostrando con hechos innegables el error que padecen los que desdeñan el humorismo español. Sucesivamente irán desfilando por estas páginas nuestros humoristas contemporáneos.

Hablemos hoy de «Tito».

Una reciente exposición en *Arte Moderno* ha servido para afianzar los prestigios y ampliar la popularidad de «Tito».

La firma de «Tito» se asoma constantemente á las páginas de los semanarios más importantes, al pie de caricaturas regocijadas, hilarantes, dotadas de un contagioso poder cómico. Pocos caricaturistas españoles merecen con tanta justicia como «Tito» el título de maestro en el género. Dotado de una observación agudísima, de un ingenio inagotable avalora y realza más aún estas condiciones en el dominio de la técnica, y con una cultura vastísima. Ve rápidamente al aspecto ridículo, grotesco de las cosas y de los episodios y de ahí nacen estas páginas de mu-

chedumbre que en Francia Marcel Cappy y en España él, dibujan de un modo inimitable.

Y, sin embargo, estos dibujos intrascendentes, creados con apariencias de frívolo propósito de hacer reír, no dan la norma exacta del temperamento de «Tito».

El sabe que la misión de la caricatura ha de ser más afirmativa, más transcendental, orientada hacia demoledores y revolucionarios propósitos. Muchas veces se ha dicho—pero siempre es ocasión de repetirlo en España—que el lápiz del caricaturista debe ser látigo y piqueta y tea incendiaria (purificadora, diríamos mejor).

«Tito» lo comprende y lo siente así. Prueba de ello son sus *otros dibujos*, los que no pueden llegar á todas las revistas, los que nos ruborizan de la infamia de ser hombres... Dibujos que se han publicado en periódicos malditos ya de antemano y sujetos á la intervención policíaca y judicial. Algunos de estos dibujos habfa en su exposición de *Arte Moderno*. ¿Será necesario decir que nos parecían los más admirables y los más representativos del temperamento noble, generoso y rebelde de «Tito»?

Son páginas acedas, obscuras por el pe-

simismo. Tienden como un puño que amenaza ó una mano que implora—según—la vida miserable á la vida feliz. Unas veces son episodios de los sin hogar y sin familia; otras veces rebañíos humanos que se hunden en las entrañas de la tierra ó arrancan los adoquines para un motín; otras, bordean en su audacia agresiva los límites del Código Penal...

Y no obstante, quien le juzgara por estos dibujos confundiría lamentablemente la psicología de «Tito». Es un romántico, un incurable sentimental, un enamorado del ensueño. Y, sobre todo, un hombre bueno.

Su único crimen se reduce al que cometía conscientemente Emilio Zola: «á decir en voz alta lo que los demás dicen en voz baja».

ooo

«Tito»—este pseudónimo que algunos han plagiado é incluso firmado del mismo modo buscando una confusión favorable para ellos y molesta para el autor de *La fauna nacional*—es contracción del diminutivo familiar Exoristito.

«Tito se llama «el nacido fuera de su patria—Exoristo—». Hijo de D. Nicolás Salmerón, nació en París el año 1877 durante el destierro que sufría aquel hombre admirable que prefirió ver hundirse el ideal de toda su vida, la República, á firmar una sentencia de muerte.

Exoristo Salmerón á esa edad en que los otros niños empiezan á trazar los primeros palotes, ya dibujaba. Los correctores de estos ingenuos dibujos y acuarelas eran el Dr. Simarro y el artista catalán José Luis Pellicer, que, en unión de otros emigrados, iban á comer los sábados á casa del insigne filósofo.

Acaso alguna vez se decida «Tito» á escribir sus recuerdos de la infancia. Serán unos capítulos interesantísimos de historia española, de uno de los períodos más interesantes de la vida de España en sus épocas de turbulencia política.

Empezó á publicar caricaturas y dibujos en el diario *La Justicia* durante los años 1893 y 1894. Tenía que dibujar al revés con tinta litográfica sobre las planchas de zinc. En aquellas caricaturas, como en las otras que publicó en 1898 en el semanario *Germinal*, fundado y dirigido por su hermano Nicolás, latía el inflamado entusiasmo de los moceriles fuegos. Era una prolongación estilizada, simplificada, accesible á la comprensibilidad vulgar de los altos y sanos ideales de D. Nicolás Salmerón y Alonso.

Después viene un lapso de tiempo en que Exoristo Salmerón abandona el dibujo satírico para consagrarse á la pintura *seria* y al arte decorativo. En estos aspectos pictóricos obtiene el joven pintor resonantes triunfos.



EXORISTO SALMERÓN ("TITO")



LOS EMIGRANTES

DIBUJO DE TITO



CAMPESINOS

GARICATURA DE TITO

Pero pronto vuelve á la caricatura política, y en la colección de *España Nueva* figuran no pocas notas audaces, vibrantes del ilustre artista. Poco á poco amplió su esfera de acción. El dualismo de su personalidad, en la que de tal modo conviven lo incensivamente regocijado y lo ásperamente demoledor, le permitía alternar sus dibujos revolucionarios de

España Nueva y *La Campana de Gracia* con sus planas humorísticas de *Blanco y Negro* y *Nuevo Mundo*.

En 1915 fundó el semanario satírico *Menipo*, en el que ha dejado notas enérgicas atrevidas, junto á otras impregnadas de romanticismo...

Tal es la historia de este hombre bueno, de eclesiástica traza, que pasa por la vida con un

gesto de amargura impreso en el rasurado rostro y que deja tras de sí una estela de risas jocosas ó—lo que es más digno de alabanza—un rastro de inquietud sentimental en los pocos españoles capaces de sentir rubor cuando les muestran á esta pobre España tal como está de engañada y de envilecida...

SILVIO LAGO



EL TORERO

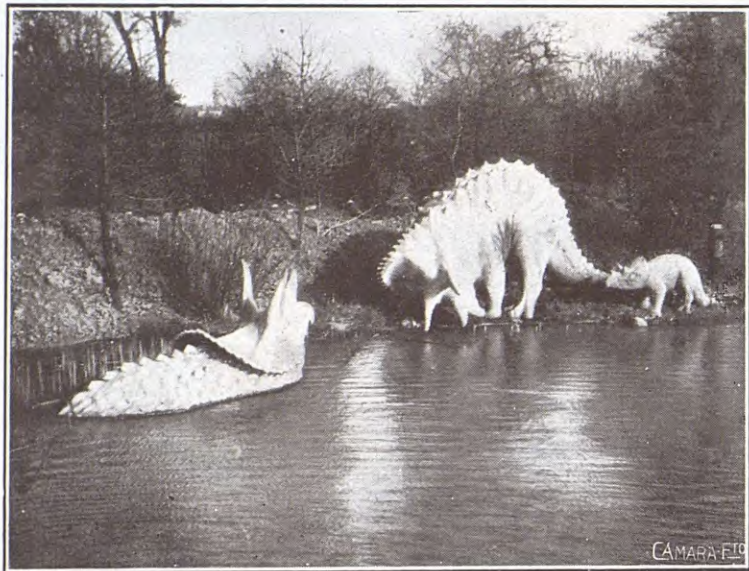
LA FAUNA NACIONAL

GARICATURAS DE TITO

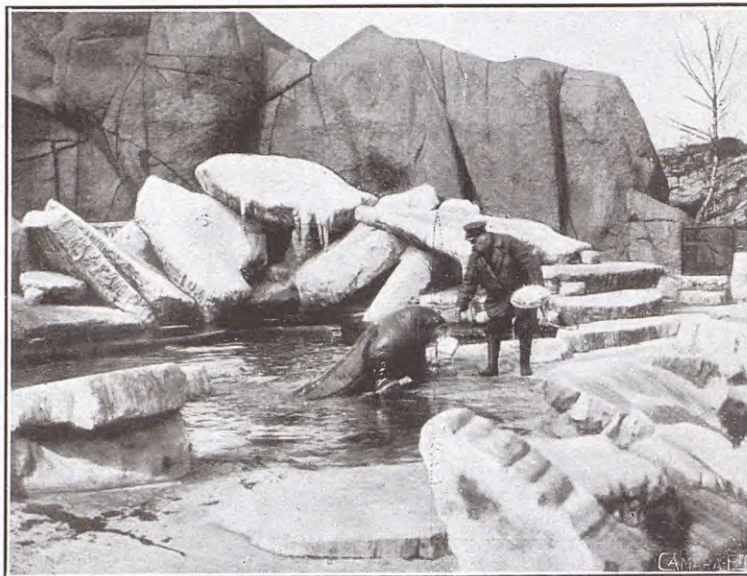


LA GITANA

LA COLECCION DE ANIMALES DE HAGENBECK

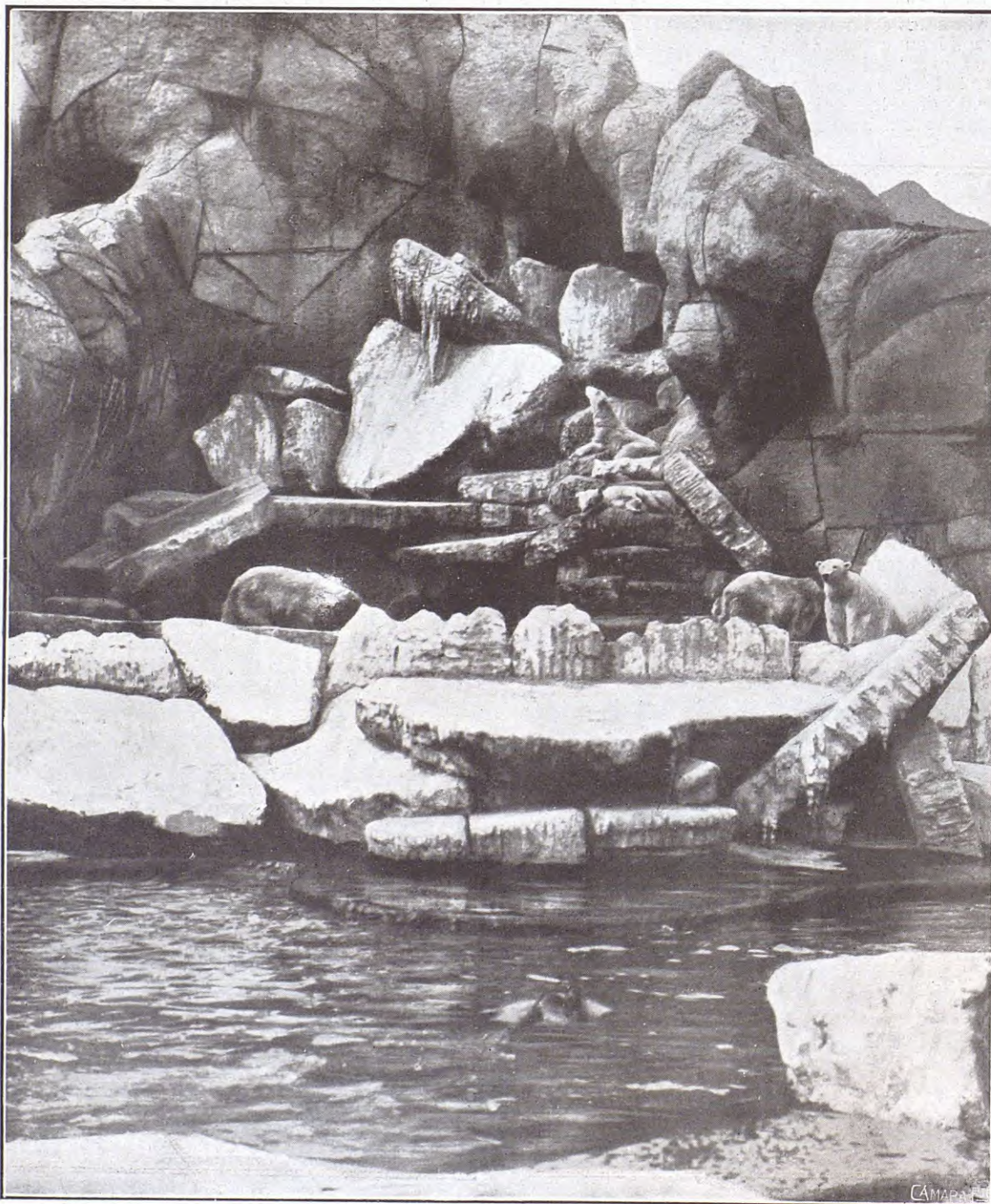


Reproducciones en cemento de animales prehistóricos, en el parque de Hagenbeck



León marino recibiendo su ración, de manos de un guarda

NADA más lamentable que un Parque Zoológico del género celular, esas tristes prisiones dadas á las bestias bravías por su delador el hombre y en las que entre bostezos y reuma, se exponen las pseudo fieras á la mirada interrogante de los chiquillos ó á la curiosidad estulta de niñeras y militares sin graduación. Es siempre el mismo espectáculo deprimente y poco enaltecedor de la especie humana; en el *Zoological Garden* de Londres; en el *Jardin de Plantes* de París, en el *Tiergarten* de Berlín, en nuestro pobre museo viviente de criaturas selváticas instalado en el Retiro, doquiera que se enjauló al libre habitante del bosque inextricable, de la pradera sin límites, de la montaña inaccesible, del desierto infinito, de las soledades polares, sólo vemos el lúgubre epílogo de una vida animal: la cautividad; la cautividad que apaga la lumbrera de los ojos, que amustia las coloraciones brillantes de los plumajes y de las pieles, que deforma las líneas gallardas, que entumece los miembros, que hace doloroso el rugido y apagado el canto, que pone generalmente su veto á la procreación ó que degenera las



Osos y focas polares viviendo en sus grutas marinas, imitadas del natural

especies; la cautividad miserable y hedionda, que hacen aún más lamentable esos contados minutos de libertad relativa concedidos por el director de la *menagerie* á los ejemplares menos propensos á acordarse de que son fieras.

Pues bien, para el amante de la Naturaleza tal y como ella es, sin cadenas ni trabas, hay en Alemania un parque maravilloso. Es el de Hagenbeck en Hamburgo. Allí han puesto la Ciencia y el Arte sus manos de hada benéfica, creando para recreo de la mirada y elevación de la inteligencia un prodigioso museo de Historia Natural al aire libre, en el que cada especie, cada familia zoológica aparecen rodeadas del medio ambiente propio, en plena y absoluta libertad. Vastos estanques de agua de mar ó dulce para los seres que viven en el líquido elemento; gigantes agrupaciones de rocas para los montaraces y trogloditas, bosques artificiales, praderas encantadas, riberas frondosas, *icebergs* ingentes, desolados arenales, cuanto en una palabra puede llevar á la bestia aprisionada la sensación de la patria lejana y al curioso ó al investigador científico una enseñanza de ese mundo extraño,

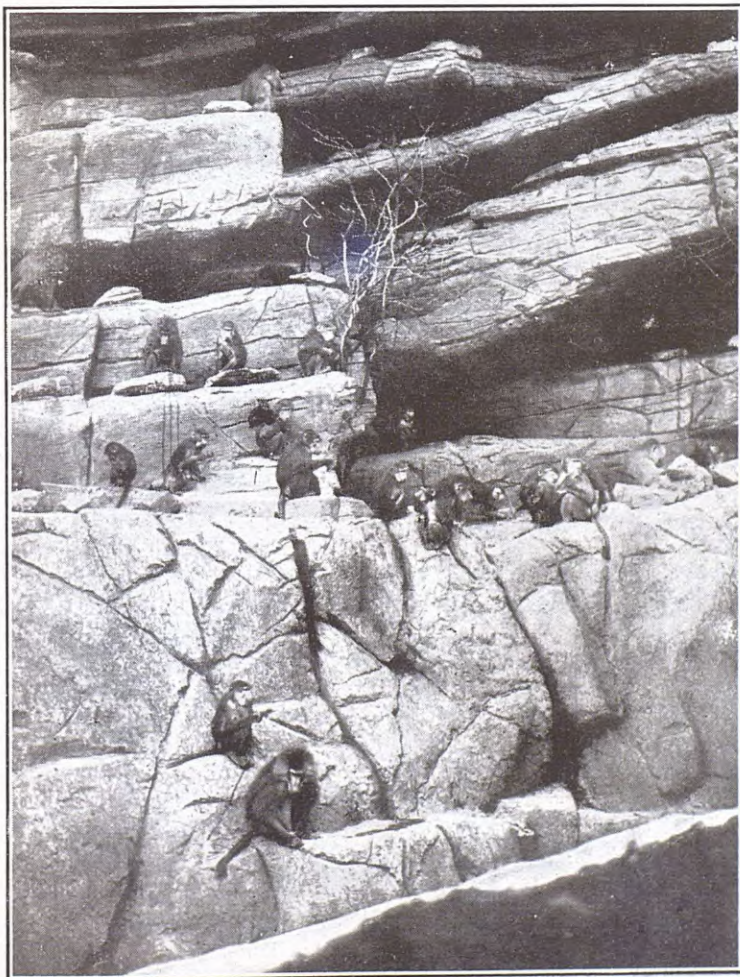
que sólo conoce por la árida palabra del libro puramente didáctico ó por la narración sugestiva pero casi siempre falsa del cuento ó de la novela de viajes. El león, la pantera y el tigre viven de día la vida libre del *jun-gle*, cantadas con acentos imperpederos por Rudyard Kipling, cobijándose al véspero que finge las serenas noches indostánicas, en profundas cavernas, creadas cabe las orillas de un diminuto Ganges por la imaginación de un arquitecto-poeta. Los cuadrumanos celebran sus inquietos conciliábulo y sus interminables festines vegetarianos, entre las frondas de un paisaje africano; las aves, en una domesticidad que dijérase lograda por artes magas, cruzan raudas el espacio, para venir á posarse á los pies de las mujeres y de los niños, picoteando, gentiles, la ofrenda que les arrojan manos amigas. Lagos espejeantes y azules, plenos de divina serenidad, reflejan en sus aguas, surcadas por cisnes argentados y evoca-



Lucha de monstruos prehistóricos, reconstituida en uno de los lugares del parque destinados á enseñanza

dores de las místicas y sublimes escenas del Santo Grial, las suaves líneas de un burgo escocés ó la vegetación lujuriente de una selva tropical. Y no sólo aprende el visitante del parque Hagenbeck los secretos del mundo zoológico palpitante y actual. Expertos artistas, dirigidos por paleontólogos ilustres, descubren á los ojos maravillados de las generaciones de hoy, las formas extinguidas de los primeros pobladores del planeta, de los horribles monstruos prediluvianos cuyos restos petrificados va entregando lentamente la tierra á los grandes exploradores del arcano inicial... Las reconstituciones científicas de estos rudos esbozos zoológicos, son, quizá, lo que más hiera la imaginación en una rápida visita al parque hamburgués, llevándonos á aquellas edades pretéritas en que se desarrollaba el vasto plan del Sumo Hacedor preparando el camino al advenimiento del Hombre, su criatura predilecta.

A. READER



Una colonia de simios africanos agrupada en el ingreso de su cobijo



La caverna de los leones en el famoso parque de Hagenbeck

FOTS. PARRONDO

EL CASTILLO DE MAQUEDA

Es imperdonable el que existiendo á contados kilómetros de Madrid un lugar tan interesante como Maqueda—cuyo castillo figura entre los más afamados de la provincia de Toledo—no sea objeto de la curiosidad creciente excursionista.

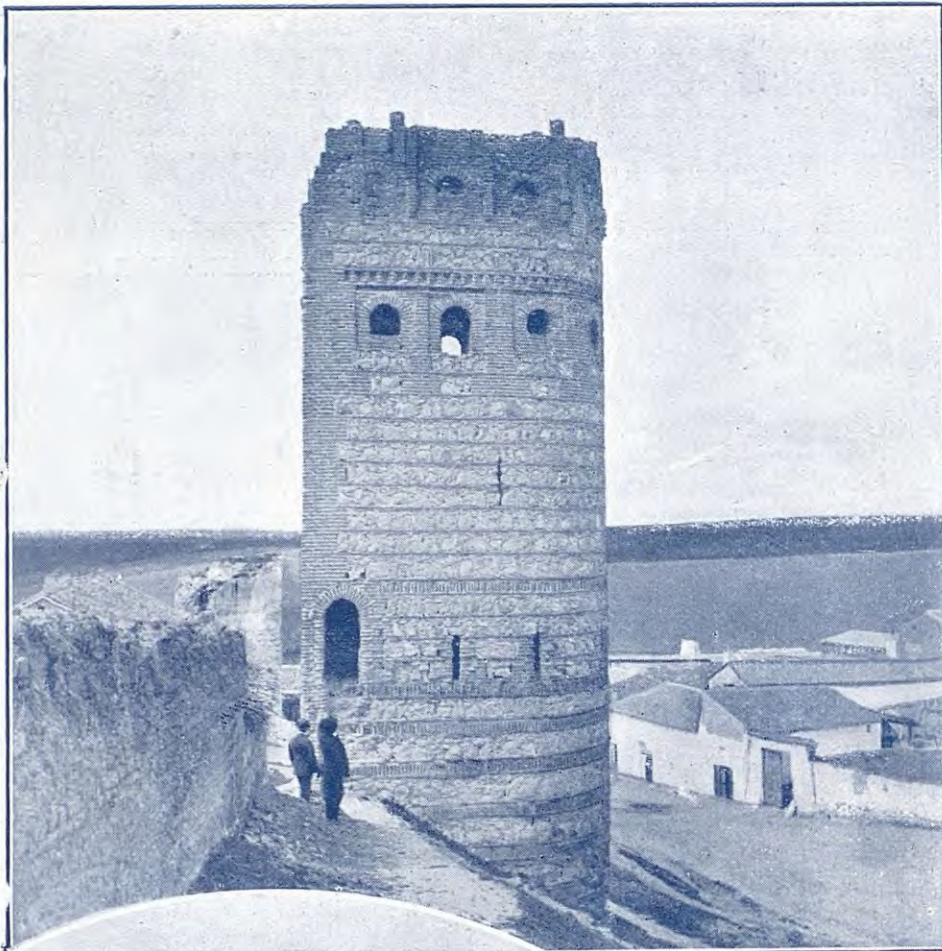
Maqueda, hoy reducido á humilde caserío, conserva restos de su esplendor medioeval, tales como el rollo, algunas fantásticas ruinas y la gallarda torre que debió formar parte de la muralla y que aún se mantiene en pie, románticamente aislada é íntegra en sus detalles, como ejemplo admirable de arquitectura mudéjar.

Los alarifes que trabajaron esta obra de mampostería y ladrillo, conocían seguramente las construcciones ya típicas en la imperial ciudad; podrían citarse multitud de ellas sin salir de la hoy provincia de Toledo, singularmente entre las edificaciones y restauraciones que datan de los tiempos del arzobispo D. Pedro Tenorio.

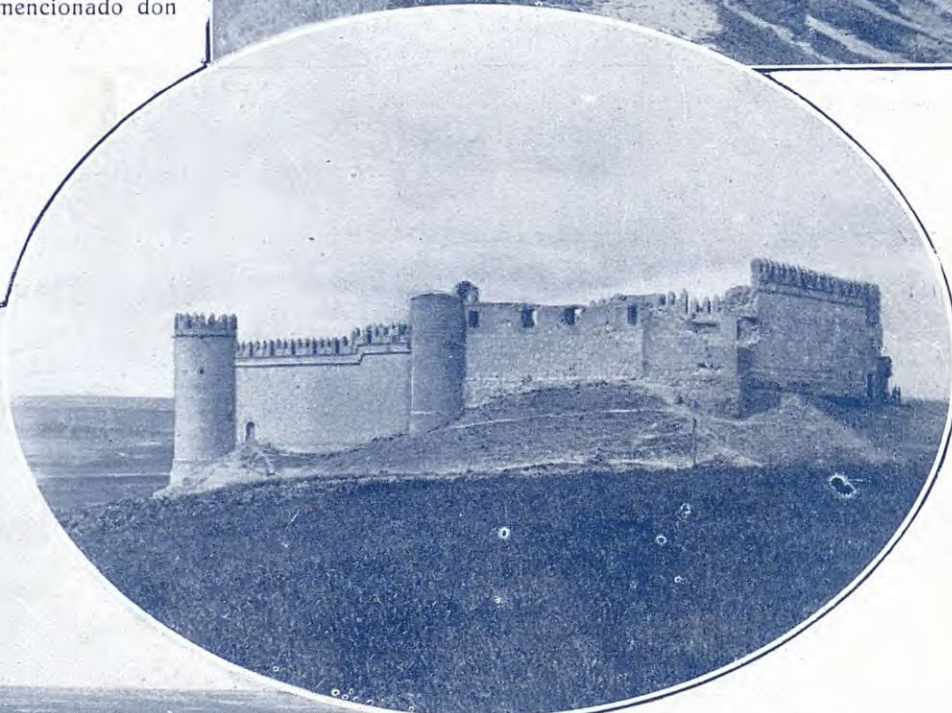
Para los que recuerden la turbulenta historia de Castilla durante la dinastía de los Trastámara—época en que las luchas de bandería aconsejaron la creación de robustas defensas en consonancia con la necesidad impuesta por el continuo batallar y el progreso de las armas—el castillo de Maqueda, amenazador sobre el llano, con la recia masa de sus baluartes, la mordiente hilera de su almenado y la amplitud de su recinto, capaz de contener un ejército y un pueblo, es el mejor emblema de aquellos siglos rudos que la imaginación evoca afirmando en lo íntimo la identidad esencial de una raza...

El histórico castillo de Maqueda pertenece al patrimonio de los duques de ese título, cuyo nombre é historia es una de las más limpias jaculatorias de nuestra nobleza y de nuestra raza. Reseñaremos brevemente el origen de ese título, con el cual fué favorecido el muy caballeresco é ilustre ascendiente de la casa Maqueda, D. Diego de Cárdenas, primer adelantado mayor del reino de Granada, cuya rica y honorable prevenda la obtuvo de Carlos I en el año 1550, fecha en la que fué creado ese título para honra y premio de los servicios y actos realizados por tan noble caballero y fiel vasallo, el mencionado don Diego de Cárdenas, hijo de D. Gutierre.

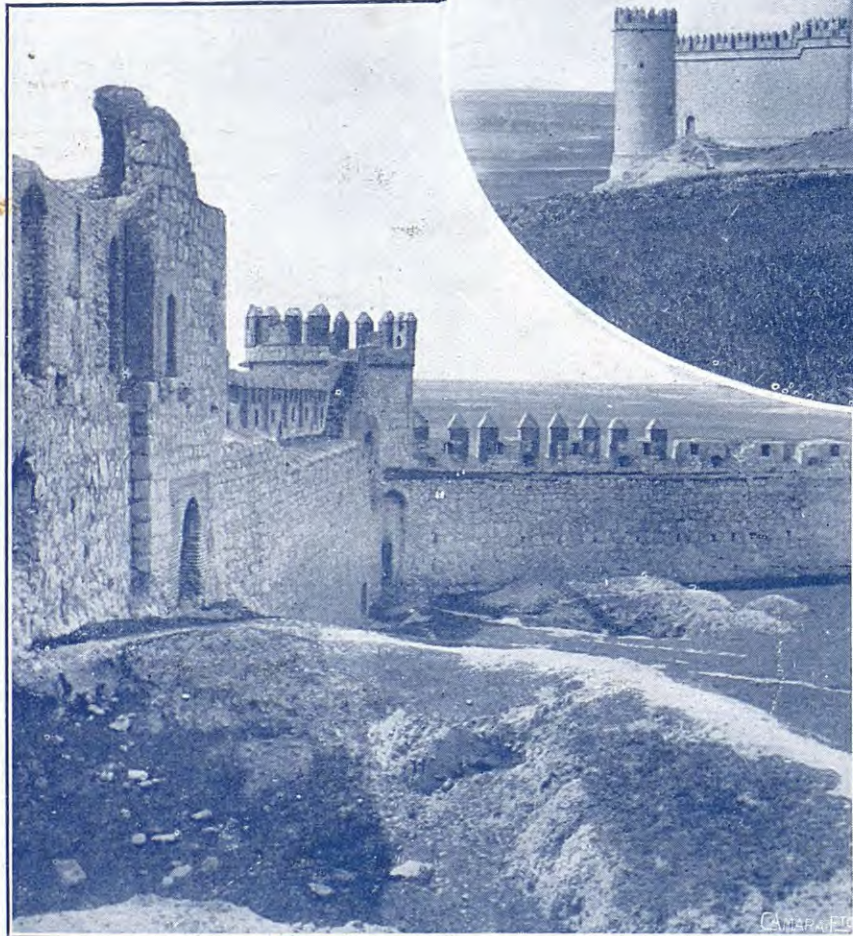
En el siglo x, el célebre arquitecto Fatho-ben-Ibrahim, famoso constructor de mezquitas en Toledo—construcciones que fueron origen de su nombradía—, hizo grandes trabajos de reparación en la fortaleza de Maqueda, por orden de Almanzor, quien consideraba como uno de los más importantes baluartes en que pudieran guarecerse sus tropas, la brava y pétreo fábrica del castillo de Ma-



Torre de la antigua muralla



Vista de conjunto del castillo de Maqueda



Estado actual del exterior del castillo

FOTS. SALVADOR

queda. Tiempo después, y aún recientes las obras de reparación llevadas á cabo por orden del Monarca musulmán, fueron testigos sus ingentes muros del sangriento episodio guerrero donde sufrió tremenda y sangrienta derrota el valí Obeidala por las huestes del califa Hixem. Esta batalla hizo diferir algún tiempo la emancipación del reino toledano.

Esta misma fortaleza, cuando un siglo después fué ocupada por Alfonso, logró ser la única que pudo

resistir sin grave quebranto el ímpetu de las terribles a'garas de los almohades allá en los años de 1196, en los que la amplia campiña toledana se alumbró con las rojas luminarias del terrible incendio que devoró los edificios de Escalona y Santa Olalla. Más tarde, la recia fortaleza fué designada para albergue de Enrique I, quien la habitó bajo la tutela opresora de D. Alvaro de Lara. Y durante la residencia del regio huésped, la indignación popular, provocada por las calumnias é insidias que hicieron circular contra la austera virtud de la noble princesa Doña Berengueta y el terrible suplicio de su inocente mensajero, promovieron un motín, en el cual en poco estuvo no fué víctima del furor del populacho la persona de Enrique I.

En 1354, el recinto del castillo se tiñó nuevamente de sangre con la inmolación del maestre de Calatrava, D. Juan Núñez de Prado, responsable del cisma promovido contra su antecesor y que pagó con exceso su culpa, pues fué sacrificado á la cruel venganza de D. Pedro, quien péridamente lo atrajo con hipócritas y fementidas cartas de amistad. La causa principal que provocó esta venganza debiose á la estrecha amistad que unía al maestre D. Juan Núñez de Prado con Alburquerque y la reina Doña Blanca, amistad que aumentó el encono del terrible monarca D. Pedro.

Tal es el origen del ducal título de Maqueda.—F. M.